

MONSE SANTIAGO
SOÑÉ CON
DEMONIOS



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo 1. El sueño

Capítulo 2. Los idus de marzo

Capítulo 3. Ya están aquí

Capítulo 4. Todos son necesarios

Capítulo 5. El caos

Capítulo 6. La canción más bonita

Capítulo 7. Atravieso la línea roja

Capítulo 8. El lugar no deseado

Capítulo 9. Semana de Pasión

Capítulo 10. Descubro la premonición

Capítulo 11. Temor a regresar a la casilla de salida

Capítulo 12. Ya queda menos

Capítulo 13. La V de victoria

Capítulo 14. Distintos confinamientos

Capítulo 15. La nueva normalidad

Capítulo 16. La unión hace la fuerza

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SOÑÉ CON DEMONIOS

Monse Santiago

Click
EDICIONES

Quiero dedicar esta crónica:

*A todos aquellos a los que la pandemia ha herido de algún modo su
corazón.*

A mi familia, por cuidarme primero y soportar después mis obsesiones.

A todos los que me quieren, por estar siempre.

Prólogo

Recuerdo perfectamente el momento en el que decidí que quería ser enfermera.

Tenía diez años y me habían ingresado en el hospital por una infección renal. Jamás había estado tan mala como para acudir a un hospital y de repente ahí estaba, compartiendo habitación con otros tres niños y tremendamente asustada.

Entonces ella entró en mi habitación. Recuerdo que era rubia, pero no su nombre; llevaba un pijama verde, diferente al blanco que llevaban las demás, y bordado en el bolsillo de la camisa leí DUE.

Ella fue la que me puso la vía periférica, me tranquilizó y me explicó que estar allí sería divertido para mí, porque no iría al cole y haría amigos nuevos.

Yo la miraba fijamente. Me tenía completamente cautivada; a pesar de haberme pinchado, en poco tiempo había conseguido hacerme sentir mejor, parecía increíble: hacía unos minutos mi cuerpo temblaba por la fiebre y los nervios y ella, una persona a la que no conocía de nada y que había entrado a hacerme daño, supo calmarme y darme paz.

—¿Qué significa DUE? —le pregunté a mi madre.

—Es la enfermera, cariño —me respondió.

—Pues quiero ser como ella, quiero ser enfermera y conseguir que gente que está malita como yo se sienta mejor gracias a mí.

Aquel 12 de marzo de 2020, a pesar de que la vida me hubiera llevado a estar siete años apartada de la enfermería, ese sentimiento seguía vivo dentro de mí y me hizo armarme de valor para llamar al Hospital La Paz, que al parecer estaba totalmente colapsado, y ofrecerme para ayudar.

Me incorporé el día 16, tan nerviosa que temblaba. Tenía miedo a no estar a la altura, tenía miedo a cometer un error, tenía miedo a ser más un estorbo que una ayuda y tenía miedo a encontrarme con el virus de frente.

Y entonces la vi. Fue la primera cara que me recibió en la tercera planta de Traumatología del Hospital La Paz, que se asemejaba más a un campo de batalla que a lo que yo recordaba como una planta de hospital.

—Soy Monse, la supervisora, ¿eres una de las enfermeras nuevas?

—Sí —le contesté y acto seguido, sin dejarle añadir nada más, le dije que llevaba siete años sin trabajar. Dejó entonces la planilla de la planta que la estaba volviendo loca, parecía estar haciendo malabares por la cantidad de bajas, y me miró fijamente como si no entendiera nada.

—Yo ahora trabajo de otra cosa, no de enfermera —le dije—, pero me dijeron que los hospitales estaban colapsados y he venido a ayudar.

En ese momento me volvió a mirar fijamente a los ojos y creo que fue consciente de mi estado de nervios. Dejó el bolígrafo con el que estaba cambiando turnos y me dijo:

—No te preocupes, ahora te voy a llevar con una enfermera, pégate a ella y ayuda en lo que puedas, estate tranquila, ellas te van a guiar.

Dicen que si observas bien a lo largo de tu vida, consigues ver los mismos ojos en diferentes personas y los ojos de Monse eran familiares para mí, ya los había visto. De nuevo vino a mi cabeza aquella imagen que me inspiró con diez años. Monse me cautivó desde el momento en que crucé la puerta de su despacho: reconocí los ojos de una persona fuerte, compasiva, inteligente y empática, cualidades que me mueven por dentro y que admiro profundamente.

Creo que no fue casualidad que la vida me llevara el 16 de marzo a la tercera planta de Traumatología del Hospital La Paz, donde encontré a Monse, e igualmente creo que no fue casualidad que ella, unos meses antes de la llegada del covid-19, soñara premonitoriamente con demonios.

ÁNGELA ROZAS SÁIZ

«MADAME DE ROSA»

[@MADAMEDEROSA](#) (INSTAGRAM)

Voy a la ducha más calmada, pero todavía con una sensación desagradable, con mal cuerpo. Mientras me arreglo, recuerdo que me perseguían unos seres feos, con las caras llenas de bultos, como bubas, que las hacían inhumanas y grotescas, y al recordarlas me hacen estremecer de miedo. En ningún momento nadie los nombró ni ellos me hablaron, pero tuve claro desde el principio que esos horribles seres eran demonios que pudrían todo lo que tocaban a su alrededor. Me persiguieron y acosaron con burlas, con el propósito de adueñarse de todo y de todos... y de mí.

Me escondía y aparecían con esos rostros oscuros que me provocaban terror y hacían que estuviera en constante huida. Como en las películas, el protagonista lo pasa mal, queda muy tocado, pero al final siempre se salva. Y yo era la protagonista de mi sueño en el que sufrí, pasé miedo, pero no pudieron lograr lo que pretendían.

No le hubiera dado mayor importancia a este hecho si no fuera porque poco después lo relacioné con lo que la vida nos puso delante. Nunca he sido de las que creen que los presagios oníricos se cumplen, pero este mío no me cabe duda de que fue una premonición que vaticinó todo lo que después sucedería.

Capítulo 2

Los idus de marzo

Comienza marzo, mes muy querido para mí porque es mi cumpleaños y porque con él llega la primavera. Es la época del año que más anhelo desde niña, donde el clima, la luz, los sonidos de las hojas de los árboles, el canto de los pájaros..., me despiertan recuerdos de felicidad, de mi lejana y a la vez tan próxima niñez.

Seguramente no nací en marzo por casualidad, y de ninguna de las maneras me gustaría morir en marzo...

El renacer de la vida y la naturaleza tras el frío y desolador invierno siempre me ha resultado increíble. Y, de igual modo que surgen las flores, a mí me renace el ánimo.

En cuanto al trabajo, es el momento de empezar a preparar las vacaciones de verano de nuestro personal, porque a 30 de abril todos tienen que tenerlas firmadas. Es lo que tiene ser supervisora, que todo se programa con mucha antelación.

Las noticias que hemos tenido durante los meses previos de un virus que salió de un mercado en Wuhan por un lío de murciélagos y pangolines no son muy alentadoras, pero eso está en China, y nos queda tan lejos... En los corrillos comentamos el asco que nos producen esos mercados sin control, donde se mezclan las mercancías de animales vivos y muertos, donde la suciedad y los desechos se acumulan, donde venden animales salvajes para consumo humano sin que las autoridades sanitarias de ese país, que es potencia mundial, haga nada para solucionarlo. Pero, ya digo, que se encuentra muy lejos.

No obstante, ya han repatriado a un grupo de trabajadores españoles en Wuhan y los han tenido en cuarentena en el Hospital Gómez Ulla. Han estado catorce días encerrados sin ningún síntoma y comentamos que no entendemos muy bien que las familias insistan tanto en ir a visitarlos, cuando llevan varios meses fuera de su casa y solo deben esperar unos pocos días más para reunirse con ellos, y además están comunicados constantemente y moviéndose con libertad por todo el centro hospitalario.

Tan lejos, pero a la vez tan cerca... Otra vez un virus en principio tan remoto llama a nuestra puerta. Otro efecto de la globalización que seguimos sin ver amenazante.

Sin embargo, en mi planta, desde finales de febrero ya hay pacientes muy malitos que no responden al tratamiento, y empieza a inquietarnos la idea de una posible aproximación del virus,

que los más pesimistas, o realistas, diría yo, ya barajan.

Poco después, comunican en los medios casos positivos de ese virus maldito en Italia, que está muchísimo más cerca, sobre todo en Milán, que lo tenemos a escasas dos horas en avión, y es cuando nos alertan de la posibilidad de que haya llegado ya a España.

Y sí, ya oímos en la tele que se deja a algunos italianos que llegan de Milán en cuarentena por síntomas de fiebre, algún caso en el País Vasco, cruceros que mantienen a todo el pasaje retenido, hoteles que cierran con todos los huéspedes y trabajadores dentro... Informaciones que todavía quedan lejanas para nosotros. Mientras, en mi hospital los pacientes siguen teniendo neumonías raras y síntomas que pueden ser compatibles con lo que dicen los científicos chinos que está ocurriendo allí.

Se confirman casos en España. Buscan al paciente cero, pero no se encuentra. Se habla de la posibilidad de cerrar fronteras, de la necesidad de aprovisionarse de alimentos en casa por si hubiera desabastecimiento. Pero nos parecen argumentos muy negativos, que no nos acabamos de creer. Y además, las autoridades políticas y sanitarias, le restan importancia. Nos dicen que no pasa nada, que hay pocos casos, que no se extenderá más allá de lo que ocurre con la gripe, y que la sintomatología es más o menos parecida. Pero nuestros ancianos ingresados no mejoran y se empieza a hacer PCR a todos, con muchos resultados positivos. Tenemos que trasladarlos al Carlos III, donde hay una planta preparada para infecciones tropicales (allí estuvo el ébola) y personal entrenado para cuidarlos, pensando que con ese espacio sería suficiente. ¡Qué equivocados! Los casos iban en aumento y poco a poco se habilitó el resto de las plantas de ese hospital.

En pocos días las zonas de aislamiento se quedaron cortas. Habilitaron una planta de Medicina Interna para estos pacientes. ¡Qué cerca, Dios mío! ¡Solo dos plantas más arriba de la mía! Creyeron que con eso era suficiente.

En la urgencia, al hacer el triaje (clasificación rápida por gravedad), cuando acudían con la sintomatología de fiebre, tos y dificultad respiratoria, les hacían las PCR. Y solo subían a la planta limpia los que resultaban negativos. Pero había tanto desconocimiento y desconcierto, que llegaron varios con falsos negativos, a los que a los pocos días se les repetía la prueba y daban positivo.

Tengo en la mente un paciente que ingresa con PCR negativa, pero los profesionales que lo trasladan vienen protegidos con bata y guantes y refieren que va a una habitación individual por necesitar aislamiento. Reviso su historia y no consta tener ninguna infección que lo requiera, por lo que se provoca un pequeño lío de interpretación y nos enfadamos todos un poco. No entendía el porqué de tanto embrollo, pero enseguida me di cuenta de que la urgencia se desbordaba, todos estaban muy nerviosos y asustados y se mascaba la tragedia.

No obstante, llegaba el fin de semana y yo me iba con varios amigos de viaje a enseñarles mi tierra. Teníamos reserva en un hotel rural en Sanabria y salíamos de viaje nada más dejar el

hospital. Así, ese viernes 6 de marzo no quise llevarme los disgustos laborales conmigo y di carpetazo a esos temas.

Pasamos unos días preciosos e inolvidables por lugares donde todavía quedaba rezagada la nieve del invierno. El sol primaveral nos acariciaba y se reflejaba brillante en las tranquilas aguas del lago y las lagunas. La paz que respiran las montañas, el murmullo del caminar del río con su cascada cargada de agua, serenaron mis tensiones. Y las risas de las tertulias consiguieron hacer olvidar las preocupaciones sobre el virus, que ya se vislumbraban en los presentes.

El 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, se celebraba en Madrid, como todos los años, una gran manifestación a la que mis hijas, como gran defensoras que son de sus derechos, siempre acudían. Pero su padre, que vio venir lo que se nos avecinaba mucho antes que yo, las aleccionó para que no fueran. Podía ser peligroso estar en aglomeraciones y era un lugar muy propicio para el contagio, al estar tan concentrados unos al lado de los otros. Saber que mis hijas se quedaban en casa también ayudó a que disfrutásemos más relajados del fin de semana.

Ese domingo, de regreso a Madrid, recibo un whatsapp de la subdirectora, antes compañera y amiga, en el que me pregunta cuántas habitaciones tengo en mi planta. Lo que me deja desconcertada y temerosa.

¿Pasa algo?... Y entonces me comunica que mi unidad se va a reconvertir para pacientes de coronavirus, y tenemos que ver las necesidades materiales y formar al personal en colocación de EPI (equipos de protección individual).

La alegría del fin de semana, y la tranquilidad de saber a mis hijas en casa sin salir, se tornó en momentos de angustia y miedo. Durante un buen rato me quedé callada, triste y pensativa, sin saber si debía dejar pasar esa información para no estropearles la tarde a los demás, o contarla y así desahogarme.

Se paralizaron las risas vividas todo el fin de semana. Y, todavía incrédula, seguía pensando que se volverían atrás y no ocurriría.

Pero, a la vez, me preguntaba por qué yo, por qué mi planta, si había muchas más... «Siempre se acuerdan de ella para lo malo, nos tienen de comodín.» ¡Qué rabia contenida me entró! Fueron momentos de rebelión interna, que martilleaba mi cabeza. No hablaba nada. Solo, en silencio, buscaba una y otra vez la explicación.

Creo que en unas horas atravesé todas las fases del duelo y, cuando ya solo me quedaba asumirlo, empecé a pensar en cómo lo iba a hacer y si podría ser capaz de liderar algo para lo que nunca me habían preparado.

José Luis, mi marido, me decía que me pidiera la baja laboral o que dimitiera del cargo de supervisora y me fuera a trabajar a mi plaza en puerperio. ¡Como si eso fuera tan sencillo y pudiera hacerse efectivo de inmediato! Son cosas que se piensan en voz alta en momentos de impotencia, pero que ambos sabíamos que no se podían llevar a cabo. Escuchaba callada, paralizada por la noticia, con miedo, con mucho miedo, al contagio del virus, a no saber llevar a

cabo esa tarea, a no ser capaz de formar a mi gente en tan poco tiempo, a no saber dirigir la nueva forma de trabajar, al futuro incierto..., a todo.

No sabía cómo debía afrontarlo, cómo y de qué forma lo iba a hacer, pero lo que sí sabía era que no podía huir. A pesar del «pataleo inicial» comprendí que mi sitio estaba ahí y no podía abandonar mi puesto. El riesgo va implícito en mi profesión y, si se me exige algo, por muy difícil que sea, pues tendré que tirar hacia delante sin más.

Llegué a Madrid aturdida y, aunque yo no suelo adelantar acontecimientos y dejo que fluya todo hasta que llega el momento de enfrentarme a los problemas, no se me iba de la cabeza el tema, y esa noche no conseguía quedarme dormida.

Y el lunes 9 de marzo me levanté para ir a trabajar decidida a cumplir con mi obligación, todavía no consciente de lo que se me venía encima y de lo duro que iba a ser.

Capítulo 3

Ya están aquí

La noticia de la conversión de mi planta en unidad covid de momento era extraoficial, aunque tenía todos los visos de materializarse en las siguientes horas.

En mi trayecto de casa al hospital, que siempre hago caminando, me devanaba los sesos pensando en la forma en que debía comunicar a mi personal la noticia para no crear más alarma de la que ya había. De todas formas sabía que iba a provocar un tsunami, como horas antes lo había desatado en mí.

En general estoy orgullosa de los profesionales que trabajan a mi lado. Me tranquilizaba levemente pensar que terminarían aceptando el nuevo reto de buen grado una vez superada la sorpresa, como en otras ocasiones había sucedido.

Mi unidad ha sufrido muchos cambios desde que llegué a ella. No se puede decir que se trate de un servicio estable ni mucho menos. Habitualmente se trata de modificaciones impuestas y siempre que aparecen necesitamos un periodo de adaptación que suele concluirse con éxito.

De un tiempo a esta parte teníamos una unidad multifuncional formada por servicios de geriatría, traumatología de columna, cirugía plástica y rehabilitación. En épocas de aumento de la presión asistencial se amplía para dar cabida también a medicina interna, como ocurre en las epidemias de gripe estacional. Por todo ello se comprenderá que los cambios de rutina en la forma de trabajo y de afrontar las novedades no nos pillan de sorpresa, aunque, en este caso, las connotaciones que conlleva son diferentes.

Cuando tuve la comunicación oficial por parte de la dirección, reuní a mi equipo para informarlos, y afortunadamente respondieron con la entereza que los caracteriza. Todos los temores que pude albergar pensando en una reacción negativa por su parte quedaron mitigados de inmediato.

Se tragarón el miedo para dar un paso adelante y ofrecieron todo lo que estaba en su mano.

Me parecieron muy valientes, aunque manifestaron sus temores y sus dudas. Comprendieron que la situación era muy delicada y que no podían echarse atrás.

Solo dos días después de la gran manifestación feminista y de otros actos multitudinarios y eventos deportivos, se ordena el cierre de los colegios. ¡Menudo problema para los padres que no tienen con quién dejar a sus hijos mientras van a trabajar!

Enfermeras de Prevención de Riesgos Laborales o, como nosotros lo llamamos, Salud Laboral, experimentadas en cuidados de enfermedades infecciosas, vinieron el día 10 a formarnos en colocación de trajes y en todas las medidas de protección que teníamos que seguir, insistiendo en que lo prioritario era trabajar con nuestra seguridad.

Hasta entonces habíamos estado desprotegidos. Solo si un paciente daba positivo tomábamos las medidas oportunas. Y no llevábamos ni mascarilla si no los atendíamos directamente, ya que las directrices de la OMS y del Gobierno de España así lo aconsejaban. La virulencia del virus era desconocida y confiamos en los que creíamos que sabían más. Con esto se me ha caído un mito y ahora pongo en cuarentena todo lo que se dictamine, y me inclino más por seguir siempre el sentido común.

Nos han inculcado que es mejor prevenir que curar; pues bien, si desde el principio, cuando aparecieron los pacientes tan sospechosos, con lo desconocido que era, hubiéramos llevado por prevención todos mascarilla (que mal no nos hacía y había «voces» que lo sugerían), nos hubiéramos ahorrado muchos disgustos posteriores. Yo misma pregunté si no deberíamos trabajar todos los profesionales con una mascarilla quirúrgica, pues en algunos sitios lo estaban haciendo. Pero no lo consideraron oportuno por desconocimiento, por falta de material para toda la población o por no alarmar más de lo necesario.

El 11 de marzo, toda la planta se ponía en marcha dedicada a cuidar pacientes infectados por coronavirus. Comenzamos a trabajar con un gran caos. Nadie antes nos había dicho cómo hacerlo. Teníamos que cambiar rápidamente la estrategia de cuidados llevada a cabo hasta el momento y organizarnos para no cometer errores.

Cambiar la mentalidad de cuidar al otro con garantías de seguridad a cuidarlo poniendo en primer plano la seguridad de los profesionales no era fácil. Los sanitarios tenemos grabado a fuego que somos garantes de la seguridad de nuestros pacientes y que estos no pueden correr riesgos. Y ahora los que no podemos asumir riesgos somos nosotros, porque ellos ya están enfermos. No es fácil cambiar en tan poco tiempo.

Nos decían que para vestirnos antes de entrar en una habitación lo hiciéramos despacio y con cuidado, meditando cada paso para no dejar ninguna zona de nuestro cuerpo desprotegida. Se tardaba un rato largo en el «disfraz». Y yo pensaba en las emergencias, en las paradas, donde no se puede uno entretener en nada. ¿Cómo se atenderán? Los pacientes están infectados y nosotros no nos podemos contagiar, ya que alrededor de un problema generaríamos muchos más. Entonces..., ¿cómo actuar? Se nos pueden morir si no acudimos con rapidez y no podemos ir deprisa para no correr riesgos. Difícil este dilema interno.

Pero, una vez comenzamos a ponernos en marcha, siento admiración por todo mi personal, que a pesar de tener que protegerse nunca dejó de poner al paciente como lo prioritario en todos sus cuidados y, cuando se necesitó correr, olvidaron que podrían contagiarse y actuaron como siempre lo habían hecho.

Se suspendieron las reuniones, los cursos, los congresos, todo lo que conllevara acúmulo de

personas o aglomeraciones. Los alumnos de prácticas se fueron, porque corrían riesgo.

¡Éramos unos ingenuos al pensar que con el Carlos III y las dos plantas iba a ser suficiente!

Recuerdo ir a la planta 5.^a de Traumatología para ver cómo trabajaban, qué organización seguían, cómo usaban los desinfectantes nuevos, qué protecciones llevaban puestas, cuántos profesionales trabajaban y de qué forma... Los veía trabajar con ese traje, enfundados en plástico blanco, que me causaba claustrofobia ya desde que nos enseñaron a ponérselo cuando tuvimos el ébola. Y me recordaba las películas de ciencia ficción, que no me gustaban nada y que siempre pensaba que eran eso: «ciencia ficción». Nunca imaginé que la realidad pudiera superar a películas tan apocalípticas. Y he comprendido que todo lo que una mente humana piense que puede suceder, aunque sea en su imaginación..., ocurre. Corregido y aumentado. No podemos menospreciar ninguna posibilidad.

Poner en marcha a un equipo, trabajando de una forma tan distinta, no fue fácil. Somos humanos y cada uno responde al miedo de una manera diferente, y todas y cada una de las posturas son lícitas. Pero todo fluye, no sé por arte de qué o de quién. En realidad, sí lo sé: por la gran profesionalidad y capacitación de las personas que trabajamos juntas. Con quejas o sin ellas, no se paralizó nadie, y el sentido de la responsabilidad y el trabajo en equipo hicieron posible lanzarnos a lo que el destino nos exigía.

Capítulo 4

Todos son necesarios

La plantilla se amplió bastante, lo suficiente para permitir rotar en la colocación de los EPI y demás parafernalia sin sobrepasar el tiempo de uso, ya que generan un calor exagerado dentro y con tanta mascarilla, gafas y pantallas se respira mal y el trabajo agota antes. Algún que otro desmayo tuvimos entre los trabajadores.

A los pocos días, comienzan las bajas laborales, porque el Servicio de Prevención de Riesgos pone en cuarentena a los que sin protección han estado llevando pacientes que se positivizaron, aun sin tener síntomas y sin saber si estaban contagiados. Otros empiezan a tener fiebre o febrícula, dolores de cabeza, mialgias, diarrea..., y también se los manda a casa, pero por lo que cuentan, no son síntomas muy alarmantes.

Recuerdo estar corrigiendo la planilla de turnos cada día porque las bajas eran un goteo constante. Afortunadamente enseguida llegan refuerzos, contratan a todo el que tenga titulación, no necesitan ni entrevista previa, solo ganas de trabajar. Incluso piden que regresen los que acaban de jubilarse. Y nos ayudan mucho también enfermeras que estuvieron hace años en la unidad y ahora están en otros servicios, porque su actividad habitual ha quedado suspendida. Una de ellas, Maricruz, enfermera de Medicina Preventiva, muy comprometida siempre en el control de enfermedades nosocomiales y la educación de todos en la práctica más sencilla y más antigua del mundo: «la higiene de manos».

También Isabel, de la consulta de Geriátrica (enfermera imprescindible en la valoración geriátrica integral a los pacientes ancianos que ingresan en nuestra unidad). Varios fisioterapeutas ayudaron fuera de sus funciones habituales y se comportaron como uno más con todos los miembros de la unidad.

Vienen a colaborar en lo que necesitemos: transporte de material, ayudas en la movilización de pacientes, en la colocación de EPI a los que se visten, llamadas telefónicas a los familiares para tranquilizarlos...

Se prohibieron las visitas por los contagios. No tener noticias de los seres queridos que están ingresados provoca mucha intranquilidad, por lo que empezamos a cuidar en la distancia a las familias, dando ánimos y aclarando sus dudas y temores. El teléfono no paraba de sonar y

siempre había algún voluntario que se hacía cargo de las llamadas. Pero además estábamos atentos a los que no habían podido contactar, para comunicarnos con ellos.

Todo el mundo se prestaba para ayudar sin mirar si el trabajo a desempeñar correspondía o no a su categoría profesional (un cirujano cardiaco infantil, del que no recuerdo su nombre, venía por las tardes para ayudar en cualquier trabajo administrativo, de celador, de lo que fuera, para aliviar la carga de los que estábamos habitualmente). Además, todos nos decían que podíamos disponer de sus días libres para cubrir las necesidades de recursos humanos.

A pesar de la presión laboral de esos días, seguía realizando la acogida de nuevos profesionales y les asignaba otro más antiguo para tutorizarlo por lo menos el primer día de trabajo. A Eugenia, que es una enfermera joven, pero con años de experiencia en la unidad, además de ser agradable de trato, le pedí que se encargara de ayudar a Ángela. Era una enfermera recién llegada que en la conversación de acogida me contó que hacía diez años que se había alejado del mundo sanitario, pero que se había reincorporado porque necesitaba ser útil de algún modo.

No se me ocurrió indagar en su trabajo previo, pero al finalizar el turno Eugenia me «cotilleó» a qué se dedicaba. Era una *influencer* muy conocida (Madame de Rosa) con una gran actividad en las redes sociales. Pude ver fotos suyas por todos los rincones del mundo, mostrando ropa y complementos de diversas firmas y diseñadores, así como marcas de maquillaje, perfumes y cremas... con unos posados muy artísticos y espectaculares. Me di cuenta de que no estaba con nosotros por un motivo económico, sino por una necesidad interna mucho más profunda que la engrandecía. En ningún momento ella contó nada a nadie ni nosotros se lo preguntamos. Para todos fue una más detrás de la mascarilla y la pantalla de protección.

Pagó cara su valentía.

Capítulo 5

El caos

El que enfermara tanto profesional nos preocupaba y ponía nerviosos al resto, pero yo los tranquilizaba diciéndoles lo que me contaban los que estaban de baja laboral, que la gripe era peor y que no se encontraban tan mal. Pensábamos que solo ingresaban personas con pluripatologías, o mayores a los que el covid-19 los afectaba más. ¡Qué equivocados estábamos! Pero así nos lo contaban en las noticias y seguíamos creyendo a los que considerábamos que sabían más.

Trabajábamos a destajo. Cuando necesitábamos material, yo misma lo iba a buscar al almacén, a farmacia o a otras unidades. Cargaba con cajas y bolsas como una auténtica «mula de carga» (aunque ahora esto esté mal visto decirlo).

Terminábamos la jornada muy cansadas/os. Los ojos de la gente tristes, la cara llena de marcas de las gafas estancas, sudorosos de tanto plástico. Pero eso daba igual. Había que seguir. Los enfermos nos necesitaban, estaban solos, desprotegidos, algunos en muy mal estado, y no era momento para reproches.

De repente, una reunión para comunicarnos que era necesario abrir más plantas de infectados porque la urgencia se colapsaba y no sabían qué hacer. Se prepara la 2.^a de Trauma, luego la 1.^a, pero no basta. También las del general, y planta a planta el hospital empieza a cambiar. Incluso se habilita el gimnasio de rehabilitación o unidad de tratamiento terapéutico como sala para urgencias. Un horror que no sabemos cómo va a parar. Ni los más experimentados por los años han vivido esto jamás. Se acuerdan del sida, de la colza..., pero nunca habían tenido que reestructurar todo el hospital para ellos.

Llegaba a casa tardísimo, después de una dura jornada donde los ojos delataban la tristeza de lo que estábamos viviendo. Los enfermos llegaban y quedaban desconectados del exterior, porque la familia no podía ir a verlos. Solo el móvil o la tableta salvaban el aislamiento de los más jóvenes. Era penoso como nos pedía la familia que les dijéramos que los querían y que no los olvidaban, y nosotros, con los ojos llenos de lágrimas y la voz quebrada, se lo transmitíamos desde la puerta. ¡Nunca antes una habitación compartida por cuatro personas me pareció tan buena! Por lo menos estaban algo acompañados, aunque la enfermedad no dejaba espacio para

las relaciones, ya que imperaba el silencio por el mal estado en que se encontraban. Lo que vivimos esos días quedará para siempre como una cicatriz dolorosa en nuestras almas.

Una propuesta muy bonita para que los pacientes sintieran el apoyo del resto fueron las cartas de personas anónimas que nos llegaban de todos los rincones y nosotros repartíamos para que las leyeran. Y a los que no podían, se las leíamos nosotros. Ahora pienso que podía haberme quedado alguna de recuerdo, ya que fueron muy emocionantes, intensas, entrañables... Incluso las de algún niño que daba ánimos con sus tiernos dibujos infantiles, plagados de arcoíris (símbolo de esperanza). Todas y cada una de ellas no solo ayudaron a los pacientes, también nos infundían ánimo a los que batallábamos, llorando de emoción con cada palabra. Cada lágrima derramada recargaba nuestras mermadas fuerzas y nos daba impulso para seguir.

Reinventamos espacios, improvisando un almacén donde antes era la sala de familiares, habilitamos zonas limpias y sucias, un lugar para vestirse los profesionales, y necesitamos buscar mobiliario por todos los rincones del hospital para poder colocar los útiles de desinfección dentro y fuera de las habitaciones. Reestructuramos también plantillas, turnos de trabajo y sistemas de organización para adaptarnos a la nueva, extraña y difícil situación.

No nos pusieron problemas cuando pedimos material. Hicimos cálculos rápidos de lo necesario para los tres turnos de trabajo y para todos los profesionales, tanto enfermeras como auxiliares, celadores, médicos y servicio de limpieza, incluyendo siempre un porcentaje más para las emergencias. Pero había que trabajar con cabeza y sin derroches, pensando en el ahorro eficiente, por si teníamos desabastecimientos futuros. Para ello cambiamos el «chip» del despilfarro al de la economía y ahorro con uso responsable, sin que se mermara la protección de nuestros profesionales. Yo no comprendía lo que se decía de otros hospitales, que reclamaban material y se vestían con bolsas de plástico, porque eso no nos ocurría a nosotros. Lo que sí nos pasaba era que teníamos que vigilar y controlar que no desapareciera nada y para ello lo guardábamos todo bajo llave. Sí, digo bien, bajo llave, porque el «pillaje» hizo su aparición en el hospital. Desaparecían mascarillas, guantes y alcohol como si se tratara de alta joyería. Se convirtió en material de primera necesidad muypreciado y codiciado que había que vigilar y custodiar para que no se lo llevaran.

El 14 de marzo el Gobierno decreta el estado de alarma. Y, sin saber bien qué significa y conlleva esa situación, no nos parecía que pintaba nada bien.

Se cierran empresas, tiendas, centros comerciales, bares y restaurantes... Todo el mundo se queda en casa sin ir a trabajar y los que pueden teletrabajan, excepto los esenciales o de primera necesidad como sanitarios, fuerzas de seguridad del Estado, transporte público, transportistas, superficies de alimentación, estancos, kioscos y... peluquerías. ¿Primera necesidad, peluquerías? Con el riesgo que conlleva... Nadie lo entendía y al final se cierran también.

Tenemos que quedarnos en casa confinados no se sabe cuánto tiempo, pero se extiende la pandemia y es lo que se requiere para reducir los contagios. Las cifras de muertos y de enfermos abruma y solo obedeciendo podremos arreglar el colapso sanitario. ¿Seremos capaces, siendo

un país al que le gusta tanto salir? ¿Cómo aguantarán las empresas, sobre todo las de reciente apertura y las pequeñas? Esto va a suponer que haya una gran crisis económica. Pero ahora lo importante es controlar la salud, resolver la economía ya se verá más adelante.

Capítulo 6

La canción más bonita

Mi vida con el estado de alarma no cambiaba mucho. Me levantaba todos los días para ir a trabajar, con la diferencia de que solo encontraba en el trayecto al portero de mi urbanización.

Las calles estaban vacías, silenciosas, sin coches..., muy extraño. Iba y venía meditando, con sensación de soledad, pero a la vez disfrutando del silencio y la tranquilidad del momento. Nunca hemos visto las calles tan desiertas, sin pitidos ni frenazos, ni sirenas, ni ruido de obras, ni gritos infantiles... Una sensación de vacío, cortada solo por los sonidos tenues de unos pájaros, del movimiento de las hojas de los árboles, incluso de mis propias pisadas... Cosas que habitualmente no percibo se me hacen presentes y las disfruto como novedad.

Por redes sociales hubo un llamamiento a salir todos los días a las ventanas y balcones a las ocho de la tarde, para aplaudir a los sanitarios que se dejaban la vida en primera línea, luchando por los enfermos afectados. Una idea preciosa, que cuajó en todos y se llevó a cabo.

Me emocionó tanto, ese primer día, ver todas las ventanas iluminadas en la todavía oscuridad de la noche, y el sonido atronador de los aplausos, que, llorando, dirigí la mirada hacia donde se supone está mi hospital y grité: «Se lo merecen, no sabéis cómo están trabajando, sin una queja, sin reproches... Va por todos ellos/as: GRACIAS».

Mi hija Lucía, que los días previos era escéptica en la respuesta al llamamiento, con la emoción desbordada, empezó a crear la más bella canción que se ha escuchado en todo el confinamiento. Y con ayuda de su padre y su hermana Natalia, que tocaron el bajo y la guitarra, mientras ella cantaba y tocaba el piano, grabaron la música.

Sin ninguna pretensión, realizaron un vídeo casero con imágenes que le enviaron sus amigos de los momentos vividos sin salir de casa y de la situación en los hospitales, con un mensaje positivo y de ánimo. Y el 17 de marzo se hizo viral, traspasó fronteras llegando a ser un himno en Venezuela, Colombia, Argentina, Méjico, Miami..., y se empezó a escuchar en los aplausos diarios de todo el mundo hispano.

Fue tal el *boom*, que la llamaron de las cadenas más importantes de Latinoamérica, y de las nuestras, a pesar de que en un primer momento se produjo una confusión atribuyéndole la autoría a La Oreja de Van Gogh. Fue una canción que nació del corazón, en el momento justo, y tocó el alma de todos los que necesitábamos un poquito de esperanza.

Me la ponía yo en el despacho cuando la ansiedad hacía intentos de aflorar y me reducía los niveles al cantarla. Tanto es así que el equipo de psicólogos que nos ayudaban día a día me dijeron que escuchar esa canción era una buena terapia.

<https://www.youtube.com/watch?v=An4T0wUerRs>

A las doce de la noche, cuando las horas cambian de día, mientras me preparaba para ir a la cama, mis hijas me vienen a felicitar mis cincuenta y seis primaveras. No me acordaba del día en que estábamos. Claro, 18 de marzo... Con todo lo que estaba cayendo, se me había olvidado mi cumpleaños.

Llegué al hospital como otro día cualquiera y estuve trabajando sin comentar que cumplía años. Con el trabajo que había no podía reparar en ese detalle sin importancia. Pero aun así me parecía extraño que Villar no se acordara. Es una enfermera que lleva conmigo muchos años, que tiene una memoria prodigiosa, y nunca se le olvidan ni los santos... La miré fijamente a los ojos y me quedé callada pensando: «Si no me felicita, es que todo esto la ha afectado demasiado, y no está bien». Pero después de unos segundos de aguantar la mirada, me dice: «Felicidades, ¿crees que se me había olvidado?». La memoria estaba intacta y sonreí en mi interior.

Sobre las doce del mediodía, trabajando en mi despacho, oigo por el pasillo la música del «cumpleaños feliz», y pensé en la casualidad de que un paciente cumpliera también años como yo. ¡Qué detalle están teniendo! Con lo malitos que están y tan solos..., esto los confortará. Pero el sonido cada vez estaba más cerca, me giré y... ¡sorpresa! Todo el equipo encabezado por Encarna (auxiliar de enfermería) y Ana (enfermera) estaba en la puerta para felicitarme a mí. ¡Cómo las quiero! Nos dimos besos y abrazos virtuales, guardando la dichosa distancia de seguridad, pero haciéndome ver que estaban a mi lado, que se acordaban y que me querían de verdad. Me emocioné tanto que lloré, sí, lloré de forma incontrolada y con hipo, soltando la tensión acumulada de todo lo vivido y a la vez sintiéndome feliz por contar con este equipo al que quiero tanto. Dios mío, ¡ni una tarta he podido traer como otros años! Qué día, a la vez triste y feliz. Yo diría que diferente, raro, extraño...

Para compensar el sinsabor, al día siguiente Paloma, auxiliar de enfermería muy sentimental, atenta y considerada siempre, trajo una tarta de chocolate hecha por ella misma con todo el cariño. ¡Menudo detalle, cómo no voy a quererla!

Era San José, Día del Padre y el santo de mi marido. Desde jovencita esta fiesta la vivo mucho en la calle, porque los días tienen más horas de luz. Y ya de mayor la suelo celebrar con una comida familiar fuera de casa. Pero este año ha pasado sin pena ni gloria. Ni comida especial, ni fiesta, ni celebración, ni nada. Solo otro día más.

Capítulo 7

Atravieso la línea roja

El día 20, al llegar a las ocho, encontré a todos llorando. Desde la tarde anterior habían fallecido cuatro personas. Sus edades no eran avanzadas, acostumbrados como estábamos a ver morir a los pacientes geriátricos. Y el remate fue que a la media hora fallece otro más. Me contaron que llegó al hospital conduciendo su propio coche, y en poco tiempo se produjo el desenlace más cruel. Su familia reclamaba las llaves que no encontrábamos. No sé si se quedaron en la urgencia, o se perdieron en el traslado, o se extraviaron después en la unidad.

Algunos pacientes se complican y ves cómo se deterioran de forma progresiva. Pero a otros, en cambio, sentados tranquilos y con las constantes recién tomadas y estables, se les para su corazón de forma irreversible sin poder hacer nada por ellos. ¡Qué impacto y qué impresión! Otra vez a llorar. Esto nos va a dejar a todos muy tocados. Los psicólogos que todos los días nos protegen van a tener que trabajar duro con nosotros, porque se empieza a notar la enfermedad del alma dañada.

Después de la tristeza inicial, comencé a notar una opresión precordial y dolor en el hombro izquierdo que me ponía nerviosa. ¿Será ansiedad por lo ocurrido y por el estrés de estos días? Porque no creo que sea un infarto.

Llamé a José Luis (mi marido) y él me tranquilizó. Y al poco rato, metida otra vez en el desenfreno del trabajo, desaparecieron las molestias y me olvidé. También ayudaron los psicólogos que todos los días venían a darnos terapia y, con sus voces pausadas, nos consolaban y nos hacían ver que la impotencia que sentíamos no nos podía desarmar.

Vivir tan cerca esta desgracia no debía hundirnos. Teníamos que seguir remando y no perder el control era crucial para el bien de los enfermos y nuestra salud mental.

Seguían enfermando profesionales y uno de ellos, Jesús, iba a hacerse una PCR e irse para casa porque no se encontraba bien. En ese momento su situación no me pareció grave porque es muy fuerte y positivo siempre, pero después pude comprobar que no lo pasó nada bien.

Era viernes y al terminar mi larguísima jornada de trabajo, y después de dejar toda la previsión de material para el fin de semana, me despedí hasta el lunes sin saber que no iba a regresar.

El trayecto desde el hospital hasta casa lo recuerdo agradable. Hice el recorrido despacio,

paseando y meditando en silencio. Y, pensando que no podría salir en dos días por la prohibición, quise extraer de la agradable temperatura todo su jugo, disfrutando del aire fresco rozándome el rostro. Confinarme el fin de semana no me importaba, porque necesitaba descansar y renovar fuerzas para comenzar otra semana incierta.

Al llegar, realicé la rutina de higiene y desinfección que hacemos a diario todos los trabajadores del hospital, incluyendo ropa, efectos personales y ducha incluida cabeza. El agua me provocaba escalofríos. Comiendo seguía escalofriada, pero pensé que podría ser por la cabeza húmeda. Noto tiritona y eso me inquieta. Me pongo el termómetro y... ¡bingo! 37,8. En ese momento me derrumbo.

¡No puede ser, yo estaba fuerte, cansada, pero fuerte!

Me seco el pelo y vuelvo a tomarme la temperatura. No hay duda: 37,8. Aquí está el maldito virus. Me siento en la cama y me pongo a llorar. No sabía por qué, qué había hecho mal, incluso levantándome la piel con tanto lavado de manos y desinfectante. Todo el día limpiando pomos, teléfono, teclado, enchufes... Pero no ha sido suficiente. Habré tocado algo contaminado y sin querer me he llevado las manos a los ojos... Habré estado demasiado cerca de mis compañeras que días atrás dieron positivo. Habré comido algo tocado por algún portador. Mil preguntas martilleaban en mi cabeza, y ya daba igual la respuesta.

Lo primordial era no contagiar a los míos, y por ello me encerré en mi cuarto y me quedé sola con mis libros, mi móvil, la tele... Pedí que me pasaran los aparatos para medir constantes, entre ellos un saturímetro que hacía poco José Luis había comprado por internet por lo que pudiera pasar (cosa que en ese momento me pareció una tontería).

Por WhatsApp me dicen que mi compañera Maite (supervisora del quirófano que nos ha venido a ayudar y se encarga de la 2.^a planta de Traumatología) tiene la misma sintomatología. Hemos trabajado codo con codo y seguro que lo hemos pillado juntas. ¡Coty va a caer también, es la que falta del trío!, pensaba yo. Es la supervisora de la planta 1.^a y gran amiga mía.

Como era ya tarde, Salud Laboral no cogía los teléfonos y esperé a contactar al día siguiente. En ese momento encerrarme en mi cuarto no me sentó tan mal. Es mi casa, estoy rodeada de mis cosas, y total serán quince días de cuarentena y a trabajar. Además, con el paracetamol controlaba bien la fiebre.

Me entero de que Joaquín (jefe del servicio de Cirugía General, con el que trabajé muchos años) ha empeorado y lo han llevado a la UVI. Pero como no ha sido necesario intubarlo, todos confiábamos en que tarde o temprano iba a salir adelante, cosa que no ocurrió.

Al día siguiente sigo con fiebre, algo de tos, pero sobre todo mialgias en la espalda. Pero como ni soy anciana ni tengo factores de riesgo, de momento me siento tranquila y sin temor.

Un médico argentino aconsejaba realizar vahos, porque, según él, al introducir calor en los pulmones, el virus no penetra en ellos y no deja que se instaure la tan temida neumonía. Como nada se pierde por probar, pedí que me pasaran agua hirviendo y realicé un rato las inhalaciones de vapor. Pero luego me dijeron que había científicos en contra de esta técnica, porque genera

aerosoles, que aceleran la proliferación del virus. ¡Madre mía, para qué haremos caso a las redes sociales! Unos dicen una cosa, otros otra, produciendo una desconfianza absoluta hacia todos y hacia todo. Al ser una enfermedad desconocida, unos y otros actúan por ensayo-error, sin saber a ciencia cierta cuál es el tratamiento de elección ni cómo puede evolucionar, investigando sobre la marcha. Empieza a entrarme miedo.

Escucho en las noticias que se va a abrir Ifema como hospital de campaña con una capacidad de 1500 camas, y necesitan profesionales para trabajar allí. ¿Dónde va a parar esto? Se desbordan los hospitales. ¡Qué angustia! Mis compañeras que han estado de guardia el fin de semana dicen que ha sido terrorífico: llamadas de personal que no puede acudir a trabajar por síntomas, doblajes de camas en las unidades..., una locura. Pero todo el mundo se «desnuda interiormente» para ayudar, ofreciéndose incluso a doblar turnos y a no librar los días programados, a pesar del cansancio, de la tristeza y del miedo que reinan.

Por WhatsApp me entero de que han hecho la primera extubación en la UVI de coronarias. Un gran éxito en esta época de muerte y desolación. Y, a pesar de la fiebre de 38 que tengo, y unos dolores de espalda que van en aumento, se produce un aplauso en mi ánimo, igual al que me imagino le habrán dado a ese paciente al mejorar.

Ese domingo 22 dejé de tener hambre. Comía como si fuera un tratamiento más, pero sin ningún apetito. No me entraba ni lo que más me gusta siempre, y lo ingería por no ponerme peor.

El lunes madrugo para ir a la consulta y mi sorpresa es ver una enorme cola muy desordenada de trabajadores que acuden por lo mismo que yo. En ella estaba Maite y me coloco a su lado. Somos los números 86 y 87. Es entonces cuando me doy cuenta del problema tan gordo que tenemos de profesionales infectados y pienso que, si esto sigue así, llegará un momento en que no quedarán sanos para poder atender a los demás. Como éramos tantísimos, no había asiento para todos y, al verme tan mal, José Luis me dice que me siente en un lugar más alejado y él guardará la cola por mí. Pero me doy cuenta del peligro que corre estando allí y, pensando que ese semisótano estaba cargado de virus hasta en las pestañas de todos, le dije que se fuera. Maite se ofreció a guardar mi puesto, ya que ella no se encontraba en ese momento tan mal. Intentábamos mantener la distancia de seguridad, pero era casi imposible. Si alguien no lo tenía, de allí no salía ya sin el virus. Era una escena dantesca y desoladora ver a muchos entre las mascarillas con semblante triste, agotados, sin fuerzas ni para hablar. Otros tenían una sintomatología más leve y charlaban. Pero en el fondo se notaba el miedo en los ojos de todos. Para mí fue una experiencia tremenda en la que me sentí deshumanizada, como si fuéramos animales esperando turno en la puerta del matadero dependiendo del número asignado.

El tiempo transcurrido hasta que me atendieron me pareció un siglo. Y luego todo fue como una burla del destino. En casa 38, allí 36,5, la saturación perfecta, y eso que me sentía cada vez más fatigada. Pensé que me iban a tomar por una histérica. Me hacen una placa de tórax porque conté que tenía bronquiectasias por una neumonía de hace unos años, y estaba limpia. ¡Un alivio! Por último me voy a la sala de PCR. Eran tantas las personas esperando, que se me pasa por la

cabeza la posibilidad de que puedan tener errores en el etiquetado, o una confusión con los nombres, porque la percepción que dábamos era de una aglomeración muy desordenada.

El seguimiento de la consulta me dejó con mal sabor de boca. Yo necesitaba algo de cercanía en los que llevaban a cabo las pruebas, porque a fin de cuentas eran compañeros que podrían encontrarse en la misma situación cualquier día de estos. Pero no sentí empatía en ellos. Había frialdad y automatismo en sus acciones, como si fuera el trabajo en cadena de una fábrica. Yo lo percibí así, sin atisbos de humanidad en una situación que como poco tenía que provocar algo de compasión. He querido pensar que se trataba de poner un escudo protector al miedo que todos tenían a una enfermedad desconocida.

Me quedé tan agotada, que a las 11.30 me fui a casa con ganas de meterme en la cama.

Y, lo que son las cosas, al día siguiente me comunican que soy negativa, una información que en otras circunstancias debería darme alegría, y sin embargo me produce confusión y duda.

¡Puff, lo que yo decía, me han liado la prueba y alguien tiene mi positivo sin serlo! Y si no hay error, ¿qué es lo que tengo? ¿Gripe? No puede ser, estoy vacunada. Es cierto que hay más enfermedades que el coronavirus, pero ¿qué hago ahora?

Al teléfono me dicen que como la PCR es negativa me tengo que incorporar a mi puesto de trabajo. Trabajar ¿con lo mal que me encuentro? Y me insisten en que, si lo que quiero es la baja laboral, hable con mi médico de cabecera. A pesar de eso, insisto: ¿no puede ser un falso negativo? Que he visto en mi planta que ocurre mucho. No sé si eso ofendió a la persona que me atendía, pero a gritos me dijo que ella estaba trabajando con esto muchas horas al día y además embarazada, y que si no estaba bien se lo dijera a mi médico. Me sentí maltratada en un momento físico malo y le pedí que no me chillara, que no me encontraba bien para esos gritos y que ya lo solucionaría yo.

Mientras buscaba el teléfono del ambulatorio, llorando de rabia e impotencia, pensé en que no hay derecho a que nadie te trate así, cuando no te encuentras bien y cuando yo lo había dado todo y lo seguiría dando si no hubiera enfermado. Pero volvió a sonar mi móvil y la misma voz al teléfono me dijo que lo había pensado mejor y que me iba a solicitar una nueva PCR.

Me daba miedo volver a enfrentarme con esas colas llenas de caras enmascaradas, con ojos cansados y temerosos de tanto virus alrededor. Pero el 25 de marzo la consulta estaba más tranquila y organizada, y había sillas disponibles alternas para sentarnos a esperar. Además, una doctora muy amable que me atendió, al ver lo mal que me encontraba, me solicitó una nueva placa de tórax por si se hubiera instaurado la odiosa neumonía en mis pulmones. Y ¡bingo! Allí estaba, en la base del pulmón derecho.

Llamó al doctor Juan González para autorizar el tratamiento experimental que yo había visto pautar en los pacientes de mi servicio (hidroxicloroquina y azitromicina), y yo avisé a mi marido.

Nos dieron las pautas a seguir y me dijeron que me asignarían un médico y una enfermera para hacerme seguimiento telefónico, y que no dudáramos en llamarlos si la situación empeorara.

Se cruzan personas en nuestro camino que siempre están dispuestas a ayudar, y nos hacen

perdonar a las que, por estrés o nerviosismo, hacen o dicen cosas que pueden herir sin darse cuenta. Por eso, puse mi total confianza en ellos y me fui esperanzada de que el tratamiento hiciera su efecto. Solo era cuestión de paciencia y de dar tiempo al tiempo.

Pero psicológicamente me venía abajo cuando pasaban los días y la fiebre no cedía, los dolores musculares eran grandes y no mejoraba. Y en la soledad de mi cuarto meditaba, rezaba y yo sola me motivaba para ser fuerte y recuperarme anímicamente.

26 de marzo

8.00 h. 36,5. ¡Qué alegría!

15.15 h. 37,4. ¡Puff, ya empieza!

19.00 h. 38. Otra vez bajón.

27 de marzo

4.40 h. Me despierto con escalofríos... 38. ¡No se acaba!

11.00 h. 36,9. ¡Fabuloso! 12 respiraciones por minuto. Tensión arterial: 11/7. 80 pulsaciones por minuto. 97 de saturación de oxígeno.

15,38 h. 38. Por Dios, ¿cuándo va a terminar?

16,17 h. 38. Ni el paracetamol...

28 de marzo

2.30 h. 37,4.

6.30 h. 37,5. ¡Son solo décimas!

Me levanto a las ocho y, con mi rutina diaria, me voy a la ducha, pero no me tengo de pie, no puedo, no aguanto ni un minuto incorporada y desisto. Regreso a la cama porque me encuentro muy mal, y me tomo las constantes vitales. La saturación ha bajado. Hasta entonces la mantenía en 97. Me coloco varias veces en prono para que llegue mejor el oxígeno a los bronquios y a la media hora de hacerlo, la saturación sigue en 91-92.

Puede que esa cifra, en las personas con problemas pulmonares, no sea tan llamativa y la toleren bien, pero yo me encuentro cada vez peor, y además los nervios disparados no ayudan nada. La mente es libre y empiezo a darle vueltas a si hago bien quedándome en casa o por el contrario tendrían que valorarme los médicos. Son momentos complicados, en los que no sabes si te pasas o te quedas corta, y jugar a las siete y media con la salud no lo recomiendo.

El desconocimiento de la enfermedad lleva a que hagamos un mundo de cualquier síntoma, o que, por el contrario, dejemos de lado algo que realmente sea importante y resulte catastrófico. El pánico se apodera de mí. Y mi familia también siente la angustia de la incertidumbre, aunque intentan disimularla.

Después de darle vueltas a lo que debemos hacer, llamo a Ruth (supervisora de consultas a la

que conozco hace muchos años) y nos facilita el móvil de Juan González. José Luis le pide su opinión y nos aconseja ir al hospital para valorarme mejor.

Todavía recuerdo las caras de pena y miedo de mis hijas al salir de mi casa. La frase «te queremos, vuelve pronto» de ellas, que quería decir muchas cosas en tan pocas palabras. Y mi mirada de despedida rápida, por el miedo a dejarles los virus en el ambiente, aun con ganas de no soltarlas así. Quería pasar rápido para no contagiarlas, pero deseaba quedarme y no moverme de su lado.

Llegar a la consulta me resultó un calvario, porque no me mantenía de pie y caminar me fatigaba. La silla de la sala de espera no aliviaba nada el malestar. Necesitaba acostarme y dormir. Al verme el doctor González, él mismo me acompañó a la sala de urgencias y estuvo con José Luis pendiente hasta que me acomodaron en el sillón n.º 14.

En ese preciso momento me di cuenta de que ya no era la supervisora de una planta que ayudaba a cuidar. Ya no estaba en el lado de los que cada día se dejaban la piel. Mi lugar no era el de las pantallas protectoras, ni era la que repartía mascarillas, EPI, packs virales para las PCR..., ni la que programaba turnos, hablaba con familiares... Los roles habían cambiado, y desde el duro e incómodo sillón azul veía como otros llevaban a cabo mis funciones. Había cruzado la fina frontera sin darme ni cuenta.

Capítulo 8

El lugar no deseado

Yo solo pretendía que me valoraran y después regresar a mi casa. Y sin saber cómo, me encontraba en un lugar inhóspito, frío, desconectado del exterior, pasando de ser una trabajadora con control de la situación a ser el covid del sillón 14 y estar totalmente sometida a la vorágine del momento y en el lugar menos deseado del mundo.

El decaimiento corporal hizo que me entregara sin discusión a lo que pudiera venir. Y además el oxígeno que me colocaron casi sin darme ni cuenta alivió un poco mi estado, y me dejé llevar por esa película surrealista en la que acababa de entrar.

Pensaba que me harían una placa y una analítica, y volvería a casa con un nuevo tratamiento. Pero por WhatsApp mi marido me comunicó que me tenían que ingresar, y que estaban haciendo los trámites para que me dieran cama cuanto antes.

Escuchaba a mi alrededor que varios pacientes llevaban tres y cuatro días durmiendo en esos malditos sillones, colocados todos frente a un improvisado control, donde lo más cerca a él era la zona limpia, y lo más alejado, donde yo me encontraba, la zona contaminada. Una fría sala de pacientes separados un metro unos de otros. La mayoría callados, manteniendo la calma, esperando, siempre esperando una prueba, un resultado, una información o incluso una cama.

Se oía de vez en cuando alguna tos seca, algún suspiro largo de respiración profunda y, entre la silenciosa tristeza de todos, unos gritos desesperados de dolor de una mujer que no encontraba alivio con el paracetamol que le habían dado. ¿Qué pasa ahora, que ya no existen otros calmantes en el mercado? En mi interior les gritaba que le pusieran algo más fuerte, ¡una dolantina subcutánea, por Dios!, ¡¡¡que se va a morir de dolor!!! Desde que lo único es el covid, ¿dónde están los tratamientos para el dolor?... ¡Qué pena, qué tristeza, qué desesperación!

Dormir en un sillón de esos me parecía inhumano, tercermundista y nada acorde con el calificativo de mejor hospital de España por tercer año consecutivo que tenía La Paz. Pero esta situación no daba para más. Hacían lo que podían para atender a todos los casos y... mejor un sillón que nada. No sé si a los demás les pasaba, pero yo necesitaba tumbarme. Estar sentada me mataba, a pesar de encontrar un gran alivio en el oxígeno al que estaba conectada. Busqué como una loca la forma de extender el sofá, hasta que el paciente de al lado, experto ya en pasar allí la noche, me enseñó a hacerlo.

Oía que el traslado de un paciente a Ifema producía alegría en esa persona. Y yo me ponía nerviosa pensando en ese pabellón grandísimo lleno de camas, donde cada ocupante me parecía a mí que era un «número apestado» y las particularidades de cada cual no importaban. De modo que enviaba mensajes sin parar suplicando que no me llevaran allí, que me dejaran en mi hospital. Me daba igual dónde, pero no quería aislarme en un lugar extraño. Y en esto fui una privilegiada, porque tanto mi marido como mis compañeras, las enfermeras de admisión, y Ana, la neumóloga de guardia, estuvieron pendientes de conseguir cama en un momento donde eso era todo un lujo.

Como estaba resultando tan difícil, porque al parecer no había altas hospitalarias, triplicaron una habitación. Y en un momento en que el sueño me venció después de lograr colocar el sillón en la posición adecuada, una mano en mi hombro me despertó. Y esa persona, a la que hoy no logro poner cara por el atuendo «espacial» que llevan todos, me dijo que me subían ya a la planta 12.

Me llevaron a la unidad en silla de ruedas. El camino me resultó muy extraño. Un hospital en el que llevo trabajando toda una vida y no lo reconocía. Entre mi aturdimiento y lo cambiado que estaba todo, me daba la impresión de que me encontraba inmersa en una película. Me resultaba difícil comprender que era yo la que iba sentada y que era yo la que estaba enferma.

Al llegar recuerdo que estaban una enfermera (después supe que se llamaba Marta), una auxiliar de la que no recuerdo ni su cara ni su nombre y Ana, la neumóloga, que me trataron con mucha delicadeza. Me pidieron disculpas por colocarme en una habitación triple, algo que me parecía digno de elogio y no de culpabilidad. Lo que yo necesitaba era acostarme y mi agradecimiento era tan grande, que no me hubiera importado que me colocaran incluso en literas. Además, tener compañeras me dejaba más tranquila, porque no era tan traumático como estar totalmente sola. Compartir habitación me resultó en ese momento lo mejor.

Me presentaron a las otras pacientes (Ángela y Julia). Me dieron una toalla para mi aseo y un pijama enorme que me costó mucho ponerme porque el baño era muy pequeño y no me desenvolvía bien en él con la debilidad corporal que tenía. Una de mis compañeras, Ángela, parecía ya muy recuperada, estaba dicharachera y habladora y todo el tiempo dispuesta a ayudarme en lo que necesitara. Julia era todo lo contrario: discreta, callada, y solo contestaba si se le preguntaba. No sé qué pensarían de mí en ese primer momento, porque no tenía ganas de conversación y necesitaba dormir. A lo mejor pensaron que era antipática o que estaba enfadada por algo, pero luego comprendieron que no me encontraba bien.

A duras penas oía a Ángela contar con alegría que al día siguiente se iba de alta y la llevaban a un hotel a terminar de recuperarse. Que era de cuatro estrellas y ella no había estado nunca en ninguno de esa categoría. Que lo había buscado por internet y le gustaba el aspecto. Que cómo sería estar aislada allí. Si tendría que hacerse las cosas ella... Que lo hacía por no contagiar a su marido, pues su casa era muy pequeña y con un solo baño... Todo esto lo escuchaba como si me estuvieran contando un cuento antes de dormir, en una ensoñación, en un duermevela...

Y mientras, llega la cena: bandejas de plástico con todo desechable para minimizar riesgos, como las conocía trabajando. No tenía ninguna gana de comer y el olor de lo cocinado me producía asco. Pero tenía que hacer por la vida y por ello abrí la bandeja para ver qué venía.

¡Croquetas! Bien. Dentro de lo malo han servido algo que me gusta, y picotearé lo que pueda.

Estaba mordiendo el primer trozo cuando apareció la doctora Montejano, del servicio de infecciosas, que quería contarme algo.

La recuerdo delgada e inquieta como una polvorilla. Me explica con mucho detalle, pero de forma muy rápida y apresurada (aprendido de memoria), que están llevando a cabo un ensayo clínico en el hospital con el fármaco remdesivir, en el que ella participa, y yo entro en el perfil para poder usarlo, pero que es algo totalmente voluntario. Tan amplia fue su charla, que solo me quedé con lo más importante, sobre todo con los efectos secundarios. Habitualmente producía náuseas, vómitos, dolor en miembros... Pero también se me quedó grabado que hubo un caso de mortalidad y no estaban seguros si se debía al fármaco o a la propia enfermedad para la que se usó (ébola).

Tenía que decidirme en ese mismo momento, con lo que se me atragantó el trozo de croqueta, la escupí, y ahí terminó mi cena.

Me dijo que si tenía alguna pregunta. Pues claro que las tenía. Era un mar de dudas.

—¿Si tú fueras yo, te lo pondrías?

Pero respondió que ella era parte interesada del estudio y no sería objetiva contestando a esa pregunta.

Vale, le dije, y si fuera tu madre, ¿se lo pondrías? Me contestó lo mismo.

Le pedí unos minutos para decidirme. No era capaz de pensar con claridad si estaba delante atosigándome con sus prisas y necesitaba consultarlo con José Luis.

Los cinco minutos de tregua los utilicé en llamadas nerviosas para que alguien me diera una esperanza de que lo que me ofrecían era lo mejor para mí. El miedo a confundirme en la elección me producía mayor ansiedad que la que me hace pasar habitualmente un tratamiento nuevo.

Después de que José Luis llamara a una compañera de infecciosas para preguntarle, dije sí al tratamiento experimental y recé para que fuera la elección correcta. Ana apareció en la puerta y me hizo un signo de aprobación que me dio ánimos, tranquilidad y confianza ante las dudas de si ese medicamento sería o no el adecuado para mí.

La primera noche ingresada no dormí bien. La cama, a pesar de ser tan deseada, era muy incómoda. Las sábanas se me liaban y con arrugas siempre me ha costado descansar. Además, pasé mucho calor. Recuerdo haberme quitado el pantalón del pijama y quedarme con la camisa, que era tan larga que parecía más un camisón.

El ventanal del cuarto daba hacia las cuatro torres y entre sueño y sueño veía la luz verde parpadeante de la capilla de la Torre Espace. Recordaba cuando subí a visitarla y la panorámica de Madrid que se ve desde allí. Eran tiempos buenos, sin mascarilla y sin restricciones, por lo

que a las alineadas calles, y sobre todo a la Castellana, las imaginaba llenas de coches y peatones paseando, en un murmullo lejano por la altura de la torre.

Me despertaron para la toma de constantes y ya me levanté para asearme. No había ducha en el cuarto, con lo que nos lavábamos como podíamos. Después nos hacíamos cada una nuestra propia cama, estirando unas sábanas recias que habían quedado todas arrugadas de dar tantas vueltas. Parecía que me había estado peleando con ellas toda la noche. Y cuando estaba todo en orden me volvía a acostar, porque no era capaz de estar mucho tiempo sentada.

Como me suspendieron la hidroxycloroquina y la azitromicina, estuve todo el día muy preocupada, porque no estaba tomando nada para mi enfermedad y me parecía que tardaban en ponerme la primera dosis del remdesivir. El que espera, desespera, y el miedo a un fármaco desconocido me mantuvo muy nerviosa, sobre todo después de leer el consentimiento informado, tan largo y con tantos posibles efectos adversos que no quise terminar de verlo, porque por experiencia sé que en último lugar siempre aparece la muerte, por remota que sea la posibilidad.

Me machacaba con dos ideas contrapuestas, donde unas veces tiraba una y otras la contraria:

¿Y si ese porcentaje mínimo de mortalidad me corresponde a mí?

¡Qué cosas, eso es tan difícil como que te toque la lotería! Sí, pero siempre le toca a alguien, ¿por qué no puedo ser yo?

Además, si no fuera peligroso, no se tomarían tantas medidas, como la vigilancia de constantes vitales mientras se administra y las analíticas posteriores de control. Y..., con tanto aislamiento, y con tanto tener que ponerse el traje los que nos cuidan, si ocurre algo indeseable no pueden venir tan rápido como se necesita.

Bueno, confiemos en que todo va a ir bien y habrá que dejarse llevar, pensaba, para tranquilizarme a mí misma.

Con todas estas divagaciones, el día se me hizo eterno, a pesar de que mi compañera Ángela mantenía una charla entretenida y nos contaba cosas de su vida. Era una mujer muy abierta que pretendía olvidarse ella y hacernos olvidar a nosotras por qué estábamos allí.

Sobre las ocho de la tarde vinieron dos enfermeras a ponerme la primera dosis del fármaco del ensayo. Al verlas, el corazón se me aceleró, pero no sé qué mecanismo interno se me activó, que al poco me tranquilicé totalmente. Dejé que todo fluyera sin miedos y me sorprendió la valentía que mantuve, cuando normalmente estas cosas me producen tanto nerviosismo.

Pregunté las dosis que me habían adjudicado, puesto que en el ensayo tenía la posibilidad de cinco días, de diez días o de ninguno. Tuve suerte y me correspondió la de cinco días. Y además me dijeron que, si mejoraba mucho, se podía suspender y darme el alta sin terminar el tratamiento. Eso me parecía extraño, pero releendo la documentación firmada, sí que ponía esa opción, sobre todo en la de los diez días.

Cada vez que entraba una persona en la habitación, no sabía distinguir qué categoría profesional tenía ni quién era. Aunque comencé a diferenciarlas/os por su voz y por su complexión. Y si se acercaban a mí, también por sus ojos. Así, ese día, un traje sin filiar aparece

y saluda, y su voz me resultó familiar. Claro, es Isabel, una enfermera a la que conozco desde hace mucho tiempo. No venía a realizarnos ninguna técnica, solo a cuidar de su mami, que, casualidades de la vida, era mi compañera Julia.

¡Qué alegría me entró! Era como saber que las dos íbamos a estar más protegidas, porque la profesionalidad de Isabel no se quedaba solo en atender a su madre. Su carácter, su forma de ser y su personalidad hacen que todos los que estemos a su lado nos sintamos bien. Y así me lo demostró día a día.

Al día siguiente, 30 de marzo, estuve con náuseas, que me recordaron los embarazos. Cada vez iban a más, llegando una noche a vomitar. A eso se sumó un fuerte dolor en la pierna derecha y en la nuca, que me hacían dormir peor. Eran efectos secundarios que tuve mientras duró el tratamiento. A pesar de ellos, día a día mi estado general era mejor, y así lo decían también los marcadores de riesgo de la analítica, que estaban bajando. Eso me subía la moral y me producía alegría. Pero todavía no contestaba a los mensajes de mis amigos y conocidos nada más que con monosílabos, porque no mantenía mucho rato la atención en nada ni me apetecía conversación. En ese momento no sabía que los bajos niveles de concentración los producía la propia enfermedad. Yo pensaba que era mi estado de ánimo.

Desde que enfermé, el apetito desapareció, pero nunca perdí el olfato (síntoma en otras personas), y el aroma a comida no me atraía nada, al contrario, me daba asco. Aun así, esperaba con ganas las horas de las dietas, no por hambre, sino por alterar un poco la monotonía del día y ver algo de pasillo cuando se abría la puerta para servir las. Pero la bandeja, casi al completo, la tirábamos en unas bolsas rojas que nos ponían en la habitación destinadas a nuestros desechos contaminados.

Un día que hubo macarrones con tomate y casi los termino, me di cuenta de que por primera vez había comido con gusto, y eso era un signo importante de mejoría.

Perdí peso, y eso era evidente porque cada vez que me hacía la «lavada del gato» por las mañanas, el espejo del baño me reflejaba delgada y demacrada.

No tenía ganas de arreglarme y me importaban un cuerno mi aspecto externo y la imagen que los otros pudieran ver de mí. No me reconocía físicamente, pero tampoco mi forma de ser, siempre preocupada de estar estéticamente correcta, y en esos momentos tan pasota. Lo que realmente me importaba era ponerme buena y la belleza, que sé que es efímera, ocupaba el último lugar en mi orden de prioridades.

Isabel se pasaba muchas horas haciéndonos compañía. Yo insistía en que se fuera, que estar allí tanto tiempo aumentaba las probabilidades de contagio. Pero ella no quería separarse de su madre. Lo entendí más tarde, cuando José Luis me contaba que Julia, por su edad, no era candidata a la UVI y su hija, por temor a que evolucionara mal, se mantenía cerca. ¡Cuántas personas estaban en esa situación sin saberlo! Y es que el colapso sanitario hizo que se priorizaran la edad y el grado de supervivencia de las personas para llevarlas a cuidados intensivos si se necesitaban. ¡Qué triste! No poder intentar salvar a todos por no haber sitio para

ello. Hay que tener suerte hasta para el momento en que uno se pone malo, ya que nunca antes nos hubiéramos imaginado esto. Cuando un barco se hunde, en el bote salvavidas no caben todos y hay que decidir en poco tiempo quién va a subir a él.

En esos momentos de compañía, aún sin ganas de hablar, se agradecía que ella nos contara cosas, lo que comía, lo que hacía al irse a casa, lo que decían sus sobrinos... En todo momento fue un ángel dentro del infierno que estábamos viviendo.

En esos días de no querer saber nada de la enfermedad, de intentar pensar en todo lo agradable de la vida, olvidando incluso el por qué de mi estancia en el hospital, tuve momentos malos, de mucho miedo. Pensaba en mis hijas, en lo preocupado que estaba José Luis y en mi madre, tan sola en su casa y a la que le oculté que estaba enferma hasta que ingresé, ya que no me parecía justo que, si me ocurría algo desagradable, se tuviera que enterar de golpe.

Todo el mundo me daba ánimos, tenía a mucha gente pensando en mí, y a la frase que me decían, «todo va a salir bien», me aferraba en lo más profundo de mi ser. Se lo pedía a Dios con todas mis ganas y cada día daba gracias por estar, por seguir.

Me fatigaba el poco ejercicio que se puede hacer en una habitación pequeña yendo de la cama al baño y del baño al sillón. Para moverme de un extremo a otro me soltaba del oxígeno, que rápidamente volvía a ponerme al regresar a la cama o al sillón. Un día, al volver del baño, se me olvidó colocarme las gafas nasales y noté más fatiga de lo habitual. Pero poco a poco fui tolerando más las desconexiones y a ratitos me quitaba el oxígeno para probar y me medía la saturación después. Como no me bajaba, se lo conté en el pase de visita al médico, que me dio permiso para seguir haciéndolo.

Por fin llegó el último día de tratamiento (jueves, 2 de abril), que me liberaría de sus efectos adversos. Pero no se fueron tan rápido; tardaron algo en desaparecer, aunque día a día los toleraba mejor y eran más leves.

Esa tarde me apeteció dormir la siesta, algo extraño en mí, que no la duermo nunca, salvo esos días terribles en que el sueño me vencía a todas horas. Y al despertar, descubrí que mi querida Isabel nos había puesto unos globos con mensaje a su mamá y a mí. El mío era rosa, con un corazón de purpurina en el que ponía: «¡Ánimo, Monse, campeona! #Todo saldrá bien». ¡Qué ilusión me hizo! Me emocionó tanto ese detalle que lloré. Sí, otra vez más lloré. Y tuve el impulso de subirlo a Instagram con esta frase: «Cuando desperté de mi siesta, mi querida Isabel, de la planta 12 del H. G. La Paz, había dejado este detallazo». Tres emoticonos de corazón.

No he hablado todavía del personal que me atendió. No tengo palabras para reconocer el trabajo tan estupendo que llevaron a cabo. No solo conmigo, porque yo oía cómo les hablaban a los pacientes que tenía más cerca.

Imaginaba que todos serían tan humanos como lo eran los profesionales de mi servicio, pero nunca se está seguro de ello hasta que lo vives en tus propias carnes. Y no me defraudaron. Por ello, cuando todo esto termine y yo me pueda enfrentar con mis propios demonios, tengo pendiente ir en persona a darles las gracias.

No me hicieron sentir sola. Entraban a atendernos con una sonrisa siempre, y no es que la viera, porque la indumentaria no lo permitía, pero los ojos no engañan y con ellos se intuye el resto del rostro. Esto ha hecho que todos miremos a los ojos del otro, donde percibimos claramente sus sentimientos, la amabilidad, la cercanía... También me daban confianza el tacto y la delicadeza con que nos atendían, pese a estar atravesando, como el resto, las mismas angustias, temores o incluso tragedias en sus propias vidas.

El timbre de voz era muy importante. La suavidad de sus palabras nos transmitía tranquilidad. Solían hacernos reír con pequeñas tonterías. Intentaban sacar lo mejor de ellos mismos, a pesar de la carga emocional que estaban soportando. Y no mostraron nunca delante de nosotros flaqueza ni decaimiento, aun cuando en otras habitaciones, estoy segura de ello, ocurrían desgracias.

Alguna vez pensé que en mi habitación, en mi propia cama, seguramente habrían atendido a alguien con el mismo cariño que a mí, y que después de darlo todo por esa persona, el destino cruel había decidido llevársela. Pero esta idea desagradable la rechazaba enseguida, intentando que no volviera a aflorar en mí. No soportaba imaginarla más, y, como el avestruz, metía la cabeza debajo del ala y rápidamente me ponía a evocar recuerdos bonitos que me distrajeran de esos malos pensamientos, como la playa, el río de mi pueblo, el calor del verano..., todos los momentos y situaciones que me hacían feliz.

Cuando los profesionales que me atendían entraban en la habitación, había una cosa que me fastidiaba pero que no dependía de ellos: el maldito virkon (desinfectante eficaz para virus que se utiliza en superficies y equipos). Lo olía a distancia y con fuerza, y se me clavaba en el cerebro de una forma desagradable e irritante, que iba en aumento con el paso de los días. Me preocupaba que el exceso nos intoxicara. Tanto es así, que vigilaba con celo cómo me servían el zumo y la leche que me ofrecían por las noches. Si veía que tocaban el borde del vaso con los guantes, no lo bebía.

Un día escuché decir en el pasillo que ya se estaban produciendo neumonías por la inhalación del dichoso desinfectante, y eso, unido a mi inicial desconfianza, me puso más a la defensiva. De modo que no me quitaba la mascarilla más que para asearme o comer, ya que temía que con tanto pulverizar todas las superficies, las gotas quedaran suspendidas y las pudiera respirar. ¡Menuda obsesión! Por si fuera poco el miedo al covid, ahora también al indeseable líquido rosa que vaporizaban a todas horas...

El viernes 3 de abril me levanté con náuseas pero sin fiebre, que era lo que más me preocupaba. Me fui al aseo sin oxígeno y decidí aguantar lo máximo sin él. Mi alegría aumentó cuando vi que la saturación se mantenía en 97 %, por lo que estaba ya casi más tiempo sin el oxígeno que con él puesto.

Capítulo 9

Semana de Pasión

Sin apenas darme cuenta, me acordé que estábamos en Viernes de Dolores y que, en otras circunstancias, estaría camino de mi tierra para pasar allí la Semana Santa. Pero esta iba a ser diferente, atípica, y sin familia con la que recorrer las calles de mi ciudad. No había vuelto a Zamora desde primeros de febrero y desde entonces no veía a mi madre. Me envolvió una gran nostalgia y pena. Primera vez en mi vida que no estoy allí en estas fechas. Pero primera vez también que se cancelan las celebraciones de la Semana Santa desde la Segunda República y se suspenden todas las procesiones y las tradiciones que conllevan.

No estaría presente en el ritual de ayudar a vestir a mis hijas y a mi marido para salir como congregantes de sus respectivas cofradías. Ni habrá cenas de pinchos por la zona de los bares. No nos colocaremos horas antes en las calles para ver pasar la procesión, ni nos reencontraremos con amigos y conocidos en la misma situación. No nos quedaremos mudos todos acompañando el juramento de silencio al paso del Cristo de las Injurias. No oiremos el sonido tranquilo del bombardino y el tosco y rudo de las matracas al paso de las capas pardas. Ni escucharemos las voces graves del *Miserere* en la plaza de Viriato. Ni nos despertará la llamada del Merlú (pareja de cofrades que reúnen al resto en la madrugada del Jueves Santo). Ni se hará el baile del «cinco de copas» (paso de Semana Santa que a las cinco de la mañana hace su salida en la plaza Mayor portado a hombros con un movimiento de vaivén) ni se harán las sopas de ajo y el chocolate para el descanso de esta procesión. Ni merendaremos con los amigos la tarde de Jueves Santo en los alrededores de la catedral. Ni veremos pasar a la Soledad por las calles. Ni se servirá en los restaurantes el «dos y pingada» (comida típica del Domingo de Resurrección que consiste en huevos fritos con chorizo y panceta)... ¡Qué extraño se me hace todo! Nunca la hubiera imaginado así, y menos hospitalizada.

Desde que tuve que estar ingresada, me olvidé de los aplausos de las ocho. Pero esa tarde, oímos Julia y yo follón en la calle y nos asomamos al ventanal de la habitación. La banda de música de la policía y los bomberos estaba homenajeando a los sanitarios, y de nuevo las emociones afloraron con gran sentimiento y derramamos ambas alguna que otra lágrima. Tarareamos la música y el *Resistiré* que todos cantaban como himno. Me encontraba tan

animada, que se me hizo corto el espectáculo, y hubiera seguido en la ventana hasta bien entrada la noche si hubieran continuado.

El sábado 4 amanecí sin náuseas y con ganas de desayunar. No me ponía ya el oxígeno, y aun así la saturación se mantenía en 97 %. Tampoco había vuelto a tener fiebre y el médico, pasando visita, me dijo que la analítica había mejorado mucho, por lo que, si me veía con fuerzas, me daba el alta. ¡Por supuesto que quería el alta! Me ofrecieron ir a un hotel para pasar lo que me quedaba de cuarentena, pero yo solo quería llegar a mi casa, aun sabiendo que me aislaría en mi cuarto sin poder salir de él. Sin abrazos, sin caricias..., pero en el lugar donde yo me siento más protegida.

Todo se tramitó muy rápido y mientras estaba comiendo me dieron el informe, que indicaba que me podía marchar. Llamé a José Luis para decirle que me recogiera y, en cuanto llegó, avisaron al celador que me acompañaría a la salida donde él me esperaba. Me despedí de Julia, que todavía tenía que continuar su tratamiento unos días más. Recogí mis cosas y me senté en una silla de ruedas que conducía una celadora educada pero muy silenciosa. Crucé todo el pasillo de la planta 12 sin encontrarme a nadie. En ese momento de alegría por el alta, me encontré vacía y triste, porque nadie salió a despedirme. Los aplausos que oía cuando se marchaban los pacientes, y que también veía en la tele, no los tuve. Salí como de puntillas, en silencio, sin llamar la atención. No tuve mi «momento de gloria» y esa espinita se me quedó clavada, y todavía hoy me molesta cada vez que esas escenas se ven en las noticias o en los documentales de la tele.

Al entrar en el coche, recordé la angustia de mi llegada, la incertidumbre de no saber qué iba a pasar, lo mal que me encontraba..., y enseguida se me olvidó la pena de la soledad en la salida, porque me sentí feliz de estar como estaba, de tener a José Luis tan cerca y del sol tan bonito que hacía ese día en Madrid.

En casa me esperaban mis hijas, a las que no podía besar, ni tocar, ni tan siquiera acercarme. Pero en ese instante, mientras recorría el pasillo hasta llegar a mi cuarto, me reconfortó sentir sus miradas de alivio tras las preocupaciones pasadas y la alegría de tenerme de nuevo a su lado. Cerré la puerta y me quedé sola en la habitación, sabiendo que al otro lado estaba mi familia apoyándome y acompañando mi duro encierro. No me resultó extraño, porque ya había pasado allí una semana antes del ingreso. Pero ya no tenía compañera de charlas, como a Julia en el hospital.

Recuerdo que llamé enseguida a mi madre para contárselo, y eso la tranquilizó. Todos los días José Luis le contaba el parte de mi situación, pero no me llamaba porque sabía que no tenía ganas de conversación. Por eso ese primer contacto le gustó y se puso muy contenta. Me decía que siempre había tenido la corazonada de que me pondría buena. Pero, aun así, sé que no lo ha pasado bien, sola en casa sin poder desahogar su pena. Y, aunque no lo dice por no preocupar, estoy segura de que ha llorado mucho y se ha vaciado en soledad.

Estaba muy contenta por estar en casa y empecé a contestar todos los mensajes pendientes de

mucha gente que se preocupó por mí y a los que yo solo les respondía con escuetos «mejor» o «así así» al «cómo te encuentras» que recibía, a veces de cortesía y en muchos casos de corazón. Los leía, pero me cansaba enseguida, como de hacer cualquier cosa.

Lo que más hacía era mirar en Instagram recetas de cocina y fotos de boda, algo que me entretenía y que me transportaba a los momentos pasados felices para todos. Buscaba cosas que me recordaran lo bueno, ya que para lo malo bastaba con encender la tele y ver el «monotema» que ocupaba todas las franjas horarias de todas las cadenas, y era algo que no podía soportar. Las cifras que daban se colaban en mis oídos al cambiar de canal y me ponían nerviosa, tanto que tenía sensación de opresión y falta de aire. Así que decidí no escuchar nada de eso.

He rezado mucho, ¿y quién no? Pedía por mí, por los compañeros enfermos y por los que se mantenían en la lucha activa, por los fallecidos, por sus familias, desconsoladas por no haber despedido a sus seres queridos..., en definitiva, por esta maldita «guerra del demonio» que solo traía sufrimiento y muerte.

El domingo me levanté bien, con espíritu positivo. En mi tierra dicen que «si no estrenas en Domingo de Ramos, no tienes ni pies ni manos». Por eso busqué entre mis cosas, y encontré una pulsera que me regalaron en Navidad y no me había puesto todavía. Después improvisé un ramo con lo único que encontré (una rosa de tela), lo coloqué en mi cama para la bendición papal y subí la foto a Instagram.

He meditado mucho sobre lo que nos está ocurriendo, y en mis reflexiones me he dado cuenta de que la vida de nuestros mayores no fue fácil. Pasaron por una cruel y dura guerra o nacieron al terminar esta, y eso los marcó para el resto de sus vidas. Sin embargo, los de mi generación fuimos unos afortunados que siempre vivimos bien, heredando la paz y los beneficios del trabajo duro de nuestros padres, que sacaron adelante un país empobrecido y triste por la dictadura. No nos faltó nunca nada y pudimos vivir sin estrecheces gracias a ellos.

Ahora la vida nos pone a prueba y nos sorprende cuando menos lo esperábamos con un bofetón de realidad que era impensable hace unos años.

He tenido que reconocer que la realidad supera a la ficción. Las películas donde un virus se extendía por todo el mundo y en él reinaba el caos, que por cierto no me gustaban nada, ya que las creía imposibles de suceder, han terminado por llevarse a cabo, y para muestra un botón.

Somos un insignificante grano de arena en el universo y no podemos controlarlo todo. Hemos intentado igualarnos a Dios en muchas ocasiones y nos hemos querido medir a veces con su grandiosidad. Pero, con lo sucedido, se nos ha dado una lección de humildad que ha rebajado nuestras grandes soberbias. Aunque sobrevolaba sobre nosotros la idea de una guerra química, un escape nuclear, un terrorismo bacteriológico..., siempre nos agarrábamos a que hay mentes muy privilegiadas pensando y vigilando para que eso nunca ocurriera. El desarrollo económico y tecnológico mundial no lo permitiría. Pero la propia interconexión que deriva de esta globalización ha producido que todo se expanda mucho más rápido que antes. La capacidad infinita que se nos brinda para llegar a ser superhombres no nos ha permitido dominarlo todo;

entre otras cosas, no se nos ha eliminado la posibilidad de errar. Como humanos que somos, no siempre acertamos en nuestras acciones y eso puede derivar en un cataclismo como este en el que nos encontramos inmersos.

La semana transcurrió tranquila, acordándome día a día de dónde estaría si la pandemia no se hubiera instalado en nuestras vidas, con una monótona y rutinaria jornada, donde no faltaba mi aplauso de las ocho, aunque sin asomarme a la ventana, porque no quería que los de los pisos inferiores pudieran de alguna manera tener contacto con la infección por mi causa.

Abrir la ventana para ventilar la habitación por las mañanas era algo que me refrescaba la mente, aunque no me permitía asomar la cabeza. Una ventana que me daba cierta libertad viendo los árboles, los pájaros, las nubes, las casas, las calles vacías de almas... De vez en cuando se formaba una cola en la puerta del estanco enfrente de mi casa, guardando una cierta distancia entre las personas que necesitaban matar los nervios con el tabaco. ¡Qué curiosa me resultaba la prohibición de no salir de casa! Algunos iban a comprar o a pasear el perro y yo los miraba con envidia, porque no disfrutaba de esas pequeñas licencias. Por eso hacía «escapadas imaginarias».

Fantaseaba con volver al pasado, a los años anteriores, cuando la primavera nos permitía disfrutar del Cristo de las Injurias y su silencio jurado a las puertas de la catedral. De las soleadas mañanas con el paso de la Virgen de la Esperanza acompañada de sus damas, tan elegantes con mantilla y peineta. De la reverencia de todos los pasos a nuestra Soledad a los pies del balcón de casa, o el himno al entrar el Cristo a las dos de la mañana en la iglesia de San Frontis... Recorría mentalmente cada acto, cada calle, cada detalle de los trajes...

Así, entre observar el mundo por mi ventana y los pensamientos y reflexiones íntimos, se pasó la primera semana en casa.

Por cierto, no he contado todavía cómo hacían para darme la comida. Era un pequeño momento de contacto con los míos, pues obligatoriamente abrían la puerta de mi cuarto.

Dentro de mi habitación, al lado de la puerta, tenía una mesita pequeña con una bandeja donde había puesto la vajilla y los cubiertos. Cuando me servían, yo me encerraba en el baño. Colocaban todo en mis platos y cerraban nuevamente la puerta. Aunque ya había recuperado el apetito, no quería grandes cantidades. Me preguntaban preferencias, y ahora creo que no se lo puse nada fácil. A lo mejor me volví consentida y desconsiderada con lo que estaban haciendo.

Para desayunar, que no faltara mi café con tostadas de pan de leche y mermelada. En la comida, dejaba que me sorprendieran con las recetas que llevaban a cabo confinados. Para merendar, alguna golosina dulce que de vez en cuando elaboraban para entretenerse. En las cenas me apetecía mucho tomar caldo y les pedía que me escalfaran un huevo por eso de las proteínas, pensando que comía dos platos en uno. Y para dormir me acostumbré a tomar un cacao calentito, que me gusta y además relaja.

El Domingo de Resurrección, después de desayunar con ganas, empecé a notar una sensación interna desagradable, como un hormiguillo y temblor de manos, que me hacía sentir incómoda y mal. Hice un esfuerzo por olvidarlo y sosegarme, pero el malestar iba en aumento y no podía

concentrarme. La saturación se mantenía, pero la frecuencia cardiaca se puso en 150 y comencé a notar las palpitations fuertes golpeando en mi pecho. No sé qué fue primero, si la taquicardia o mis nervios que la provocaron, pero como aquello no paraba, al verme sola, y con una impresión de pérdida de la vida, avisé para decir que no me encontraba bien.

Sabía que les daba un susto, pero si me pasaba algo, necesitaba su compañía. No podía permitir que entraran en la habitación, pero tenía que mantener el contacto telefónico y contar la sintomatología.

Al tratarse de algo que no había experimentado nunca, no la podía definir como yo quería y los volvía locos intentando averiguar qué era lo que me ocurría.

Me pasaron el reloj de Natalia con un tutorial para saber usarlo, sin muchas esperanzas de que lo asimilara, porque soy reacia a los aparatos con muchas funciones. Tenía que aprender en una situación de nervios tremendos, pero a la fuerza ahorcan, que se dice, y en condiciones extremas, nuestras capacidades se aceleran y nuestros sentidos se agudizan para lograr los objetivos. Por ello, siguiendo las instrucciones escritas y las que me iban dictando por el móvil, realicé el electrocardiograma no una vez, sino tantas veces como me pidieron, para irlos viendo en el ordenador en el cuarto de al lado.

La lectura era siempre la misma: «en ritmo sinusal». Y a pesar de no detectarse ninguna anomalía, no se me terminaba de pasar.

Empecé a considerar la posibilidad de tomarme un relajante por si todo lo estaba provocando un ataque de ansiedad por estrés postraumático. Y decidí probar por primera vez en mi vida a qué sabe un lexatín, algo que me ayudó a bajar la tensión y quedarme dormida.

Lo que siempre me había parecido una ayuda innecesaria, posiblemente porque nunca había experimentado esto antes, se me volvió una tabla de salvación a la que me abracé cada vez que esa sensación angustiosa aparecía.

Nunca supe si se trataba de una taquicardia por la propia enfermedad o por el estrés de todo lo pasado. Pero me he inclinado a pensar en lo último, pues no he sido la única a la que la ansiedad le ha aflorado cuando todo parecía estar más tranquilo.

Capítulo 10

Descubro la premonición

En un momento de abstracción, recordé mi pesadilla antes de enfermarme, en la que me perseguían esos demonios terribles, feos, siniestros y oscuros que me hicieron despertar sobresaltada y nerviosa aun sabiendo que no me había ocurrido nada real. Fue ahí cuando se me encendió la bombilla y relacioné esos diablos con los virus que me estaban desgastando.

Como si del «ojo mágico» se tratara, de repente descubrí un paralelismo claro entre la pesadilla y mi estado, entre lo irreal y lo verdadero, entre lo soñado y lo vivido. Era un claro aviso de que ya se habían instaurado en mi organismo sin yo saberlo y estaban peleando internamente con mis defensas. Hacía muchísimo que no recordaba sueños, y justo los voy a tener cuando el inmundito bicho maligno que atezca al mundo quiere entrar en mi cuerpo, apoderarse de él y devorarme.

El inicio de la pesadilla se relaciona con la incertidumbre y desconcierto de los primeros días. Todo es confuso, con algo de respeto a lo que pueda pasar, pero a la vez con esperanzas de que no ocurra nada. En este sentido nos movíamos cautelosos, pero todavía incrédulos.

Después entramos en un mundo desconocido, gris y antipático que comienza a producirnos miedo. Se ve tristeza en todos los rostros y sentimos necesidad de ánimo.

De repente estalla todo y entramos en una vorágine que nos empuja hacia un gran caos que tenemos que intentar ordenar. Nos resulta difícil, pero cambiamos la estrategia a seguir para luchar contra lo oscuro y devastador. Me veo ayudando a los otros que no tienen rostro, que no identifico porque no los conozco. Son los enfermos silenciosos que hay en mi servicio, pero también los profesionales de mi planta, los propios y los que van llegando, a los que doy cobertura con gran esfuerzo y trabajo.

A semejo los métodos de protección que utilizamos, entre los que están el confinamiento masivo, con los lugares del sueño donde me escondo y esquivo y evito a los demonios.

El instante en el que me desligo de mi gente y tengo que huir y correr en soledad porque me han descubierto los malos se refiere a mi propia enfermedad, a mi lucha por salir adelante cuando me atacan y quieren dominarme. En esa guerra por la supervivencia me dejaban sin aliento, cansada, con debilidad física y mental. Unos días me encontraba mejor y otros, como en la

pesadilla, me resbalaba y caía. A duras penas me incorporaba, me levantaba, me escondía, me encontraban y me fugaba nuevamente.

Aunque me llegaron a retener contra mi voluntad en ese submundo pantanoso y me hicieron sentir desvalida, momento que relaciono con la cuarentena que tuve que hacer hasta dar negativo, nunca lograron su propósito.

Tardé en negativizarme y en todo ese tiempo intentaron doblegar mi cuerpo para seguir subsistiendo dentro de él. No lo consiguieron, pero en la batalla que se desató atravesé periodos de miedo, terror, pánico, e incluso hubo instantes para pensar que podía perder la contienda.

Capítulo 11

Temor a regresar a la casilla de salida

El 16 de abril me hacen una PCR de control. Al regresar del hospital, realizo mi control diario de temperatura y tengo febrícula (37,2). No es que sea mucho, pero me asusta la idea de retroceder, y además no me había vuelto a ocurrir desde mi ingreso, unos doce días atrás. El miedo a una posible complicación de la maldita y desconocida enfermedad me altera nuevamente los nervios. Me imagino una reactivación de la neumonía, o una infección añadida por tener el sistema inmunitario alterado. También surgen los fantasmas de una reinfección por ir al hospital, lugar que me imaginaba cargado de virus.

Todos los ingresos que se hacían eran por la misma causa. No parecía que existieran otras enfermedades, pero claro que las había. Creo que mucha gente que en condiciones normales hubiera acudido a urgencias por dolencias importantes y no tan importantes se quedaba en casa sin opción a recibir atención. El miedo al contagio y la restricción a salir de casa hizo que enfermedades graves se complicaran y no tuvieran solución. Es más, alguna que otra defunción hubiera podido ser evitada en otras circunstancias.

Y el hospital se volvió silencioso y triste, sin pacientes y acompañantes, sin esperas bulliciosas para ser atendidas. Pero con una percepción de estar lleno de muerte por todas partes. Muertas las sillas, las paredes, las puertas, las ventanas, los pasillos y las salas...

Cada vez que acudía a realizarme alguna prueba no tocaba nada, ni me sentaba, e incluso pensaba que respirar el aire era peligroso. Tanto me traumatizó infectarme, aun siguiendo todos los cuidados y recomendaciones, que estar allí me parecía todo un riesgo. Pensaba que el laboratorio, al que solo acudíamos enfermos, estaba con una alta carga viral, y además tenía miedo a que el bastoncillo que nos introducían en la nariz y la garganta pudiera estar contaminado.

Por ello, cuando vi que la fiebre volvía, casi me vuelvo loca con todo lo que imaginaba.

Llamé a mis compañeras antes de que se fueran a casa, para ver si me podían hacer una analítica y una placa, porque los nervios no me dejaban en paz y no podía esperar ni un minuto más. Creo que, si no lo hubiera hecho, no hubiera podido pegar ojo esa noche. Sin encomendarme a nadie, llamé a Lourdes (supervisora de rayos) para pedirle el favor de que me hicieran una placa de tórax, y ella me ofreció hacerme mejor un TAC en ese momento. Así que,

sin pensármelo más, y a pesar de que a José Luis le resultaba imposible acompañarme, llamé a mi amiga Coty para no estar sola y respondió con gran cariño, como yo esperaba de ella. Tuve que tomar un lexatín porque los nervios me comían, aunque no llegué a sentir el hormiguillo de otros días.

Un internista de la planta de Coty que me pidió los análisis miró todos los resultados y me tranquilizó, porque no vio causa de alarma. En el escáner se seguían viendo infiltrados en los pulmones, pero no estaban peor. También comprobó el resultado de la PCR, que era indeterminada. ¿Qué quiere decir esto, que ni es positiva ni negativa? Me explicó que es cuando el resultado, por el motivo que sea, no es concluyente, y hay que repetirla. Tenía, por tanto, que seguir aislada, pero en ese momento no me importó, porque me dijo que no eran alarmantes nuevos episodios de febrícula y que podría seguir teniéndolos hasta después de ser negativa. Fue tan amable que me sentí muy aliviada con sus explicaciones. No me arrepentí de acudir esa tarde al hospital, porque pude quitarme de la cabeza la alarma que yo me creaba.

La verdad es que estoy orgullosa de los profesionales de mi hospital, que se han volcado con los enfermos en general, pero conmigo en particular, dedicando su tiempo y su esfuerzo a tranquilizar mis preocupaciones, sin ponerme ninguna barrera y facilitando en todo momento las cosas.

Capítulo 12

Ya queda menos

Tenía que estar otra semana más encerrada en mi cuarto.

El 19 de abril recibo la triste noticia del fallecimiento de Joaquín, jefe de servicio de Cirugía General. Lo conozco desde que llegué a Madrid en el 91. Trabajé a su lado muchos años. Era un hombre sencillo, afable y de buen trato. Se contagió, como gran parte de su servicio, pero los demás se recuperaron. No pudo resistir la enfermedad y después de muchos días de lucha en la UVI, el virus se lo llevó.

Los días posteriores fueron muy tristes. Su imagen no se me quitaba de la cabeza. Pensar que había muerto, como se suele decir, «en acto de servicio», me provocaba sentimientos ambivalentes. Por un lado, murió por hacer lo que debía y le gustaba, que era la entrega y curación de los demás. Pero, por otro lado, eso mismo me infundía mayor pena, pues si no se hubiera dedicado a la medicina, tendría más posibilidades de estar vivo.

Llegó el 20 de abril, que es el aniversario de boda de mis padres. Qué lejos y a la vez qué poco ha pasado desde que celebramos sus cincuenta años. También me acuerdo de sus veinticinco, y del desgastado álbum de fotos en blanco y negro donde mi madre estaba tan guapa con su vestido blanco y mi padre tan atractivo con su traje. De tanto verlas, algunas veces pienso que estuve yo allí.

Si mi padre hubiera podido vivir más, mi madre no habría estado tan sola en la pandemia. Se habrían cuidado el uno al otro, y sobre todo se habrían dado cariño y compañía. Quién sabe si hubiera enfermado también. Es una posibilidad que no me hubiera hecho ni pizca de gracia. Pero, bueno, ahí está mi mamá fuerte como una campeona, cuidándose y protegiéndose mucho para no contagiarse.

Este día también me transporta a la canción *20 de abril del 90*, de Celtas Cortos, y sobre todo al verano del 92 en Asturias, donde cada vez que salíamos a hacer alguna excursión la poníamos en el coche y la cantábamos muy alto. Éramos muy jóvenes, alegres y con grandes ilusiones, y sobre todo..., libres.

Tanto pensar y pensar, y por poco se me olvida felicitar a mi cuñada Merche, que celebraba su cumpleaños. El caso es que me desperté muy pronto y le puse un mensaje en el móvil. Pero casi se me pasa llamarla. Y eso que es una fecha muy clave que no se me olvida y enseguida enlace

los dos aniversarios. Esto del coronavirus me estaba afectando un poco a la memoria o puede que ya la tuviera algo tocada de antes.

El 22 de abril me repitieron el frotis nasal y faríngeo, tan desagradable para muchos, aunque a mí no me lo parece tanto. Como José Luis tenía acceso a la historia clínica desde casa, le pedí que no me engañara fuera cual fuera el resultado. La espera se me hizo eterna y me daba la impresión de que el resultado tardaba mucho en salir. Empecé a notar opresión en el pecho, tos seca y falta de aire, que me torturaba de miedo. Parecía que volvía a empeorar.

Recé mucho para que saliera negativo, porque el aislamiento ya estaba haciendo mella en mi mente y no sé si hubiera podido soportar más tiempo encerrada.

A las 19.30 horas, José Luis grita desde su cuarto: «NEGATIVO», pero no lo entendí bien y tuvo que repetirlo varias veces más fuerte. Me invadió una alegría tan grande que curiosamente la opresión en el pecho y la sensación de falta de aire desaparecieron inmediatamente. Di gracias a Dios, a la Virgen y no sé a quién más, y me puse a llorar y llorar de felicidad. Entonces, sin atreverme a hacerlo yo, le pedí a mi familia que me abriera la puerta del cuarto.

Llamé a todos los que quiero para contarles la noticia y compartir con ellos mi entusiasmo. Con lo poco comunicativa que he estado, me debieron dar carrete, porque necesitaba hablar y hablar sin parar.

Esa tarde me desahugué y pude por fin empezar a soltar todo lo que tenía dentro. Es cuando me di cuenta de que tenía que escribir mi historia. Físicamente ya había superado la enfermedad, pero tenía que cuidarme psicológicamente. Recordarlo y contarlo todo y en definitiva, «echarlo fuera», era la mejor terapia para curarme del todo.

No pensaba salir, todavía no me sentía limpia, pero necesitaba ver espacio abierto y mirarlos. Con eso ya me conformaba. No quería que nadie entrara y tocara nada mío hasta que estuviera todo desinfectado. Pero con saberme libre de enfermedad y libre de cuarentena, ya habría tiempo para lo demás.

Todavía pensaba que en mi habitación, en mis cosas, en mi piel, en mi respiración..., quedaban restos de esos demonios que querían apropiarse de todo el que se acercara a ellos. Así que dejé la puerta del cuarto abierta, pero continué sin franquearla y seguí dejando que me cuidaran una semana más.

El 24 de abril, que, coincidencias de la vida, es el aniversario de boda de mi hermano Fran y mi cuñada Paz y también el de mis suegros, me acordé mucho de ellos. No iban a poder celebrarlo de una forma especial, unos porque ya no están entre nosotros, y los otros porque todavía no nos dejaban salir. Pero, bueno, hicimos videoconferencia todos los hermanos para sentirnos más cerca.

El 27 de abril, que es mi santo, pasó sin pena ni gloria. Puede que lo mencionara, pero no recuerdo nada de ese día.

Capítulo 13

La V de victoria

El 29 de abril, me repetí la PCR por confirmar que no había ningún error en los resultados anteriores y salió negativa también. Entonces hice una limpieza escrupulosa de mi habitación y de mi baño y salí del cuarto.

Desinfecté con lejía todos mis objetos personales, lavé toda la ropa de cama y las cortinas, la vajilla y los utensilios a 60 grados, y fui limpiando poco a poco todo lo que yo había tocado. Pero me seguía sintiendo rara.

Inspeccioné cada estancia de la casa que durante cuarenta días no había pisado. Aunque la tenían revuelta y llena de artículos no perecederos para comer, me pareció preciosa. Me permití la licencia de compartir la mesa con la familia, aun teniendo miedo de tocar lo que no era mío, porque la sensación de sentirme limpia la fui adquiriendo con el paso del tiempo.

El 30 de abril es el cumpleaños de mi hermano Jesús y no se me olvidó. Estuve hablando mucho rato con él.

Tardé algún tiempo en dar besos y abrazos. Eran mis hijas las que me los daban a mí, breves y «robados», porque yo los rehuía. También estuve una semana más en mi cama sola, y cuando por fin vino José Luis a dormir a mi lado, a pesar de saber que no tenía ya nada, yo intentaba no respirar hacia donde él estaba.

El 2 de mayo conseguimos el permiso del Gobierno para salir a pasear en franjas horarias diferentes los ancianos, las edades medias en las que me incluyo y los niños. Pero la calle me parecía un lugar peligroso y yo todavía no me atreví. Tardé varios días en prepararme psicológicamente y, tomando todas las precauciones y rituales de limpieza, comencé a salir acompañada de José Luis un ratito por las mañanas. Al llegar a casa pasábamos la suela del calzado por lejía, nos dábamos una ducha incluida la cabeza, y llevábamos toda la ropa a la lavadora y la poníamos a 60 grados. Hacíamos desinfección de llaves, móvil o cualquier útil que lleváramos. Pero creo que esa paranoia pertenece a todos los mortales que conozco, y hoy en día seguimos con el mismo ritual aunque el brote está más controlado.

Los primeros días solo conseguía dar la vuelta a la urbanización y tardaba en ese recorrido media hora, cosa que en otros momentos se hace en cinco o diez minutos. Parecía una anciana con deterioro funcional a la que le cuesta dar un paso detrás de otro y la fatiga la hace parar

varias veces para coger aliento. Y es que la pérdida de peso, unida a la inmovilidad forzada, me produjo atrofia y debilidad muscular, que hacía que cualquier mínimo esfuerzo se volviera un gran logro. Cuando llegaba a casa, tan cansada, me parecía que había estado corriendo una maratón o haciendo ejercicio de gran intensidad.

Empecé a salir algunos días por la tarde con mis hijas. Recuerdo el miedo a cruzarme con gente sin guardar la debida distancia de seguridad. Ellas se reían de mí porque me cruzaba de acera tantas veces como personas pasaban a mi lado. Me parecía inaudito que pasara tanto prójimo por la calle. Nunca había sido tan consciente de lo abarrotada que puede estar una acera, sobre todo en el cruce de un semáforo. Me sorprendía además lo mal puesta que llevaban algunos la mascarilla, o que no la llevaran. El miedo que yo tenía no lo percibía en otros, que no tenían ningún reparo en llevar la cara descubierta y respiraban un aire que podía estar contaminado.

En esos primeros días de paseo comencé a notar dolor en la pantorrilla derecha. La aparición de trombos en miembros inferiores y en pulmón me preocupaba bastante, y por ello volví a ponerme diez días más heparina, que me pinchaba cada noche José Luis.

La fatiga tras pequeños esfuerzos y el cansancio de los paseos fue disminuyendo día a día, y alargaba cada vez más el recorrido. Además, empecé a salir sola algunos días.

En uno de esos paseos matutinos vi algo que me dio mucha ternura y pena. Un anciano que caminaba a mi lado con paso lento y torpe vio una mascarilla debajo de un banco del parque. La cogió, la observó, la sopló y se la guardó en el bolsillo del pantalón. En esos momentos quise pararme para recriminar su acción, pero por delicadeza no lo hice. Me pareció triste que un producto que se había convertido en de primera necesidad fuera tan caro. Y que encima algún sinvergüenza lo dejara por allí tirado sin pensar en el peligro que eso podía acarrear. A la suciedad habitual de Madrid ahora se añaden mascarillas y guantes cochambrosos que a saber quién se los ha puesto previamente. No aprendemos educación para la ecología y la salud ni en tiempos donde son tan necesarias.

El mayo de las flores, de las ofrendas a la diosa romana Maia o a la griega Artemisa, el de los campos llenos de color que siempre nos regala olores agradables a tierra y a verde, este año se ha visto entristecido, a pesar de que el sol no ha dejado de brillar y las temperaturas han sido muy agradables.

En mi caso, empecé a despertar de un mal sueño y a disfrutar de pequeños detalles que la primavera nos otorga. El sol me ha gustado siempre, pero ahora lo gozo y lo percibo más intensamente. Me paro a observar minuciosamente el césped húmedo de las mañanas, los minúsculos animales que en él habitan, las ramas llenas de pájaros de un árbol, el temblor de las hojas al moverse por el viento, el dibujo que va dejando en el suelo un reguero de agua... Todo me provoca alegría de estar viva, de estar bien y presente en el mundo.

Por todo esto, los cumpleaños familiares que cayeron en mayo los celebré con ilusión aun cuando la distancia no hacía posible realizar ninguna fiesta. Cumplieron años mis sobrinos

Martina, Gonzalo y Gloria, y también mi hija Lucía. Esta no sopló las velas como siempre lo hacíamos, prendidas en la tarta, porque no están las cosas como para correr riesgos. Pero sí que las encendimos, pensó su deseo como es tradición, hicimos fotos, cantamos el *Cumpleaños feliz* y las separó de los alimentos para apagarlas.

La recuperación fue lenta, pero como cada día me encontraba mejor, decidí pedir el alta médica para empezar a trabajar el 1 de junio.

Capítulo 14

Distintos confinamientos

Con el confinamiento al que nos vimos sometidos, experimentamos todos la falta de libertad y sus consecuencias. Pero, como cualquier situación de la vida, esta nos ha mostrado las desigualdades sociales y cada uno ha vivido la experiencia dependiendo de las circunstancias, que para nada son las mismas.

La luz del sol no entra igual en todas las viviendas. Unas disponen de un pequeño o gran jardín, incluso de una terraza, por minúscula que sea, que proporciona momentos de evasión a los problemas. Los más afortunados disfrutaban de mayor espacio y por tanto de mayor posibilidad de movimientos. Los menos favorecidos viven en condiciones de hacinamiento que hacen del encierro en tan pocos metros un infierno.

Durante mi aislamiento, me apenaba no haber podido pasar el confinamiento toda la familia junta. A menudo deseaba haber estado todos en el pueblo, disfrutando del terreno alrededor de la casa y respirando el aire fresco y puro de la montaña. Podía haber sido de los que teletrabajaban. Incluso llegué a envidiar a los que se quedaron en ERTE, pensando que esa era una medida muy buena para no tener que salir a la calle y poder compartir el tiempo con la familia.

Desde que mis hijas son adultas ya no pasan tanto tiempo con nosotros y lo echo mucho de menos. Cuando no se las podía dejar solas anhelaba que crecieran rápido y ahora daría todo por poder regresar a su infancia y tenerlas pegadas a mí.

Al estar obligados a convivir, hubiéramos podido hablar más, reír, jugar, cantar y bailar, cocinar..., incluso discutir. Pero, por desgracia, no se me permitió realizar actividades cotidianas que en otras casas hacían todos los miembros juntos, y en la mía se hacían sin mí.

Cuando me quejaba de mi puñetera cuarentena, pensaba en los que la tuvieron que hacer en peores condiciones, con casas interiores sin apenas ventilación. Entonces me compadecía de ellos y dejaba de lamentarme y de pensar tanto en mi situación. Siempre hay quien lo pasa peor.

Además me acordaba de las familias donde la pandemia había sido devastadora. Donde habían enfermado todos o casi todos los miembros, o donde había sido todavía más cruel y había fallecido alguno de ellos. Como le ocurrió a mi amiga Elena, que se infectaron ella y sus padres, y a su padre se lo llevó la enfermedad por delante, sin poderle hacer una despedida adecuada.

Por ello, a pesar de todo, tengo que estar contenta, ya que ningún miembro de mi familia ha

estado enfermo. Y lo único que puedo y debo hacer es seguir luchando para que nunca lo estén.

Capítulo 15

La nueva normalidad

El fin de semana previo a empezar a trabajar, me comunican mis compañeras que están limpiando la planta porque ya no hay pacientes covid positivo. Me alegré muchísimo, porque no sabía si estaba preparada para regresar al punto de inicio, donde surgieron todos mis problemas.

El lunes 1, de camino al hospital, recordaba los días previos a enfermar, cuando cada mañana me enfrentaba a una dura jornada tanto por el esfuerzo físico como mental por lo que estaba ocurriendo.

Al reencontrarme con mis compañeros, con las emociones a flor de piel, se me saltaron las lágrimas. No sabíamos si debíamos o no abrazarnos. Bueno, sí que sabíamos que no lo teníamos que hacer, y con gran esfuerzo contuvimos el impulso y nos dimos el «tonto toque de codos». Hablamos mucho rato y compartimos nuestras experiencias personales, reviviendo en cada frase las angustias de cada cual. La situación nos permitió desahogarnos bien, pues no teníamos pacientes que cuidar.

Unos enfermamos, otros, gracias al cielo, no, pero todos llevamos a nuestras espaldas una carga que seguro tardaremos en olvidar. Y aunque el hospital ya no está como lo dejé, porque poco a poco ha empezado a funcionar de otro modo, tenemos que acostumbrarnos a esa mierda de «nueva normalidad» de la que habla todo el mundo.

La expresión, que se comenzó a usar para describir las nuevas condiciones con la crisis económica del 2008, la están utilizando ahora con el plan de desescalada, y a mí me parece un poco rara.

¿Normalidad? A quién le parece que esto es normal... ¿Ver a todo el mundo con una mascarilla es normal? Muchas veces, por la calle, voy pensando en cómo me sentiría si hubiera estado hibernando y de repente me despiertan y me colocan en cualquier lugar. Me cuestionaría el porqué. Creería que están todos locos, o que me están gastando una broma. Desde luego, me sorprendería y haría muchas preguntas.

No poder besarnos, ni abrazarnos ni tocarnos, ¿es normal? Tener que sentarse separados, con distancia, ¿es normal?... El distanciamiento y los abrazos, cada cultura los percibe de diferente manera. Pero en la que yo me encuentro, nos está costando mucho cumplir con estas normas, ya

que somos muy dados a manifestar abiertamente los sentimientos con gestos de cariño y contacto.

Con esta situación de anormalidad, diría yo, cuesta distinguir a las personas que pasan por tu lado. Hay veces que te dicen adiós y contestas por inercia, ya que no has reconocido al interlocutor. Además, cuando te presentan a alguien, solo ves sus ojos, con lo que, si en algún momento logras verle el rostro, la percepción que tenías de esa persona puede variar. ¡Qué diferente puede ser y cómo cambia la fisonomía de un individuo, de tener una visión parcial de él a ver el todo real!

Esta etapa, hasta que vencamos la pandemia, yo la llamaría mejor la «nueva forma de vida», ya que hemos cambiado muchas cosas de nuestra forma de ser, de nuestros hábitos, para adaptarnos a lo que nos ha tocado vivir.

Seguimos con miedo a los rebotes, pero al haber aprendido una lección, estaremos ya más preparados tanto en recursos como en actitudes y aptitudes. Mientras tanto, continuamos con las medidas de precaución que deberíamos haber tenido desde febrero y la OMS nos negó: uso de mascarillas, protección con todos los pacientes a pesar de ingresar con una PCR actualizada negativa, distancia de seguridad, ventilación, y el lavado de manos constante, que creo se nos ha grabado a fuego para no tener que estar recordando una cosa tan simple y tan importante.

El rostro lo llevamos oculto, pero los ojos expresan los sentimientos del alma de forma exagerada, y si alguien indaga dentro de los míos, lo que encuentra es un gran temor a las recaídas de la población y también, por qué no, a la mía propia. Sé que tenemos que perseguir las ilusiones de nuevo, volver a vivir, a brindar con los seres queridos como dice la canción de mi hija, a disfrutar con los momentos felices del día, aunque sean pequeños, a reír y reír mucho. Y aunque debemos seguir alerta, porque los «demonios» siguen esperando la oportunidad para colonizar, proliferar e invadir nuestros organismos, no podemos permitirles que acosen y debiliten también nuestras almas.

Tenemos que mantener unas medidas que todos aborrecemos. Si tiramos la toalla con ellas, mostramos debilidad, a pesar de parecer una confusa valentía. Si no obedecemos las estrictas normas de actuación o bajamos la guardia en su cumplimiento, perderemos la batalla.

Capítulo 16

La unión hace la fuerza

Mi sueño con demonios, que fue una auténtica pesadilla, presagió que el mal estaba cerca, que deseaba apoderarse de nuestras vidas en forma de virus enemigo que ha destruido muchas vidas. Esos demonios con corona engancharon sus espinas en muchas familias, destruyendo algunas, sin que tuvieran tiempo de reacción y sin tregua para las despedidas.

Han sembrado desconfianza, han truncado muchas ilusiones. Han hecho que la pobreza se apodere de muchas casas, que se hayan perdido muchos negocios. Han dejado corazones tristes, almas desconsoladas. Nos han hecho llorar mucho.

Además, en algunas ocasiones nos han enfrentado con nuestros semejantes y nos han hecho discutir sobre lo que es o debería ser, lo que se debe o no hacer, incluso se ha politizado el tema confrontando dos o más posiciones extremas. El mal sabe mucho de esto y utiliza el «divide y vencerás» para ganar sus partidas. Han surgido movimientos negacionistas que ponen en peligro al resto de los mortales con sus teorías, y eso también lo pretenden los demonios para hacerse más fuertes.

Pero en mi sueño, como ocurre casi siempre, no vi el final. Me desperté sobresaltada, angustiada, temerosa, pero me di cuenta de que ya había pasado y seguía viva. Eso nos ha ocurrido con la pandemia. Hemos luchado con miedo, pero hemos vencido la batalla, que no la guerra, y hemos aprendido una gran lección de ella: que somos pequeños, desvalidos, y en un soplo nos podemos ver en el mayor de los abismos. Que no somos superhombres, pero unidos, y solo unidos, podemos derrotar al enemigo invisible que sigue y seguirá estando a nuestro alrededor.

La guerra no está todavía ganada y no podemos bajar la guardia. Tenemos que continuar con nuestras vidas, intentando ser felices, divirtiéndonos con nuestros amigos, buscando tiempo para nuestra familia, pero no debemos olvidar que los demonios acechan e intentan colarse con cada error que cometamos. Y esto no podemos hacerlo unos pocos individualmente, necesitamos la unión de todos. Los aplausos de las ocho se quedarán en postre si no mantenemos la fuerza de la unidad. Nunca pretendimos ser héroes, pero ese rito mundial nos alentaba a seguir trabajando. No podemos defraudar a los que se dejaron la piel y seguirán haciéndolo. Tenemos que velar por

la comunidad sin egoísmos personales, porque cualquier fractura en ella es una puerta abierta a la desolación ya vivida antes.

El 9 de julio fue el primer día cero covid en nuestro hospital. Ningún paciente positivo ni en La Paz, ni en el Carlos III, ni en Cantoblanco. Un logro que es de todos, conseguido con el esfuerzo conjunto de toda una población. Y este trabajo arduo no se puede ver destruido para volver al inicio. Tenemos que seguir unidos, pues los demonios están ahí, no se han ido y nos siguen vigilando.

Este triunfo nos ha permitido pasar un buen verano, disfrutando de forma responsable las vacaciones más merecidas de nuestra existencia. Unos con más miedo que otros. El temor que sentimos tiene que servirnos para ser prudentes, no para frenar nuestra vida. Por ello no podemos truncar las pocas libertades que nos están permitiendo, haciendo de ellas un juego.

* * *

Espero que mis sueños no vuelvan a ser tan premonitorios, porque he vuelto a tener otra pesadilla terrorífica.

He soñado muchas veces con mi padre o con mi abuela y he sido feliz, porque seguían vivos a mi lado. Y al despertar, la sensación que me dejaba era tan agradable que tenía ganas de seguir durmiendo para continuar disfrutándolos más rato.

Sin embargo, no hace mucho, una persona a la que apreciaba y que ya no está entre nosotros (no digo su nombre por no herir susceptibilidades) venía a buscarme en sueños a mi despacho. Lo percibía claramente muerto, y a pesar de sus palabras amables, la invitación que me hacía a irme con él me produjo miedo. Me desperté nuevamente con el corazón agitado y fría de pánico. No puede ser, me decía a mí misma. No es verdad lo que acabo de pensar. No va a ocurrir más...

Al término de estas líneas, tengo que decir que estoy limpia, sin infiltrados, ni trombos, ni nada que indique enfermedad en mi vida. Pero esto no ha terminado y tengo que continuar alerta, por mí, por ti, por todos...

Biografía



María Monserrat Santiago Fernández nació en Hermisende (Zamora). Es licenciada en Filosofía y Ciencias de la Educación (Pedagogía) y diplomada en Enfermería, ambas por la Universidad de Salamanca. Experta universitaria en Gestión de los Servicios de Enfermería por la Universidad Complutense de Madrid y en Metodología de la Investigación en Salud.

En 1991 comenzó a desarrollar su labor asistencial en el Hospital La Paz de Madrid. Desde el año 2005 ocupa el cargo de supervisora de unidad en una planta de hospitalización del mismo centro.

Soñé con demonios

M. Monserrat Santiago Fernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, Amesto / Shutterstock

© M. Monserrat Santiago Fernández, 2021

© del prólogo, Ángela Rozas Sáiz, 2021

«Madame de Rosa»

@madamederosa (Instagram)

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2021

ISBN: 978-84-08-24273-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!

